La Felicidad Doméstica

Antonio de Trueba

textos.info
Libros gratis - biblioteca digital abierta

Texto núm. 7239

Título: La Felicidad Doméstica
Autor: Antonio de Trueba
Etiquetas: Novela corta

Editor: Edu Robsy
Fecha de creación: 23 de diciembre de 2021
Fecha de modificación: 23 de diciembre de 2021

Edita **textos.info**

Maison Carrée
c/ Ramal, 48
07730 Alayor - Menorca
Islas Baleares
España

Más textos disponibles en http://www.textos.info

I

Permítaseme empezar este cuento con algunos detalles topográficos, y en el hecho de pedir que se me permitan estos detalles, confieso que no están del todo en su lugar.

Donde los cuentos dan á su autor mucha gloria y mucho dinero, la crítica debo tener la manga muy estrecha; pero en España, donde poco ó nada de eso dan, la crítica debo tener la manga tan ancha, tan ancha, que puedan pasar por ella los extravíos que para nuestro particular solaz nos permitimos, los cuentistas.

—Cuentista—me dice el público,—ven acá y cuéntame un cuento.

—¡Allá voy, señor mío!—le contesto.

Pero cato usted que apenas empiezo el cuento veo pasar á una personita que me gusta, y por ir á charlar con ella un rato dejo al público con un palmo de narices.

—¡Cómo se entiende!—me grita indignado el público—Me falta usted al respeto, olvidando que las leyes del arte niegan la autonomía á los cuentistas.

—Vamos á cuentas, señor público. Cuando va usted á un teatro de aficionados, ¿silba usted á los actores?

—No, señor.

—¿Y por qué?

—Porque son aficionados.

—¿Y por qué razón son aficionados?

—Porque no ganan dinero.

—Pues mire usted, por esa razón somos también aficionados los cuentistas españoles; y porque somos aficionados no se nos debe silbar, aunque nos tomemos libertades como las que yo me tomo.

El Oriento es la región de la luz y el Ocaso la de la sombra. Vámonos hacia el Oriente, saliendo por la puerta de Alcalá.

Siguiendo la carretera de Aragón, caminamos por espacio de un cuarto de hora dominando con la vista las llanuras que cercan á la capital.

Descendemos á un vallecito donde hay un puente sobre un arroyo nominal y emprendemos la subida de una cuesta, agradable por lo corta y desagradable por lo pendiente.

Ya estamos arriba. El pecho se ensancha y los ojos brillan de alegría con el ambiento que aquí se respira y el panorama que desde aquí se descubre. El pecho respira las brisas del Somosierra, que en su viaje hacia nosotros recogen el aroma de los tomillares en las márgenes del Lozoya y el Jarama, y los ojos se deleitan contemplando: al Ocaso, en primer término, la populosa capital, y en secundo, las colinas de Sumasaguas; al Oriente, los hermosos campos de Alcalá; al Mediodía, las feraces llanuras que sirven de antesala al regio Aranjuez, y al Norte, la quebrada cordillera de los Carpetanos, casi eternamente coronada de nieve.

Respirando este ambiente y contemplando este panorama, caminamos por espacio de un cuarto de hora, y comenzamos; á descender una larga cuesta, á cuyo término vemos un hermoso valle.

Esa sombría arboleda, á través de cuyo ramaje se descubren, las pintadas casas de una aldeita y las vainas de un castillo señorial, nos dice al ver el ansia con que la contemplamos: «Mírame y no me toques, que el noble duque de Osuna, mi señor y dueño, viéndome tan linda y viciosa, me ha rodeado de cal y canto para que no se acerquen á retozar conmigo los pasajeros.»

Dejamos la carretera de Aragón y tomamos la izquierda á la sombra de la tapia que cerca la arboleda y á la de la arboleda que se asoma á la tapia para ostentar sus gracias y dar envidia al pasajero.

Apenas nos adelantamos á la arboleda, saludamos las ruinas del castillo, en cuyos medio cegados fosos guisa y despacha su miserable pitanza

alguna vagabunda familia manchega, si es de día, y en cuyo único cubo existente se guarece la misma familia, si es de noche.

Entonces descubrimos el campanario de Barajas, á cuya plaza, circundada de soportales, llegamos un cuarto de hora después, y donde nos detenemos sólo un momento, porque restos de pasada grandeza nos contristan aquí el alma.

Caminamos cuesta abajo por medio de fértiles campos, y al cabo de media hora, llegamos á la orilla de un río, á la orilla del Jarama. Una barca nos pasa á la orilla opuesta. Alzamos la vista al Oriente, y en la cima de un cerro casi perpendicular, cuyos pies besa el Jarama cuando éste sale de sus casillas, vemos una torre negra que, más que un campanario, parece una atalaya morisca.

A la sombra de aquella torre yace el humilde Paracuellos.

El cerro corro en dirección al Norte paralelo con el río, pero separándose de éste cada vez más, como huyendo de los toros que suelen pastar en las verdes praderas que entre el cerro y el río se extienden.

Más de media hora caminamos por la llanura sin abandonar la baso del corro, coronado de enormes peñascos, desde los cuales examinan los buitres la ribera, dispuestos á lanzarse sobre el primor corderillo que haga la inocentada de separarse un poco de su madre.

El camino abandona el llano, torciendo un poco á la izquierda, y trepa por una cañada que se nombra la cuesta de Iban-Ibánez.

Después de un cuarto de hora de subida, dominamos la cadena de cerros que nos ha dominado, y caminando por medio de tomillares y tierras de pan llevar, unas veces bajando un poco, otras veces subiendo un mucho, seguimos hacia el Noreste, hasta que allá de una hondonada vemos surgir un campanario que parece el de una catedral.

Aquel campanario nos sirvo de guía y al acercarnos á él descubrimos á su pie unas ochenta casas escalonadas como un nacimiento en la falda de un empinado cerro.

Ya estamos tan cerca de la aldea, que oímos cantar en ella los gallos.

Descendemos una cuesta no muy pendiente, pasamos un arroyo sin agua

y llegamos á Coveña, después de un viaje de cuatro leguas.

Ahora, refrescamos en la hermosa fuente de la aldea y descansamos á la sombra del olivar con que linda por la izquierda la aldeita donde pasó mucho de lo que después de descansar contaremos.

II

Linda Coveña por Oriente con huertos poblados de frutales, por Mediodía con el arroyo que ya hemos nombrado, por el Norte con ribazos que forman los escalones del cerro llamado del Castillo, que domina, la aldea, y por Ocaso con el modesto y hermoso olivar á cuya sombra hemos descansado.

Una de las pocas y escabrosas calles que cuenta la aldea, parte de la plaza y desemboca frente al olivar.

En esta desembocadura hay, ó al menos había en la época á que nuestro cuento se refiere, dos casas, una frente de otra, y formando notable contraste por la humildad de la una y la soberbia de la otra.

Conocíase la de la izquierda por *ca* de Juan Cachaza y la de la derecha por *ca* del tío Berrinche.

Tenía la primera un solo piso, compuesto de portal, cocina, despensa, dos alcobas y una salita con puerta á un corralón, donde había otro cuerpo de edificio, mitad del cual servía de cuadra y la otra mitad de granero.

Una parte del corral, la del lado de la casa, era una especie de jardín, que contaba hasta una docena de árboles frutales, una parra que daba sombra á la puertecita que comunicaba con la sala, cuatro cuartel á tos destinados al cultivo de legumbres y verduras, y algunas matas de rosales, de claveles y de otras flores y plantas aromáticas, que orlaban los cuarteles, interpoladas con los frutales.

En el interior de la casa todo era pobre, pero limpio y arreglado. Lo único que merecía especial mención era el mueblaje y los adornos de la salita. Los muebles se reducían á una sillería de Vitoria, á una cómoda antigua y á una mesita cubierta con un tapete de hule; y en cuanto á los adornos, consistían en un cuadro al óleo de la Virgen de los Dolores, un San Antonio de talla, colocado sobro la mesita, bajo un fanal, dos cuadritos bordados y algunos juguetes de niño colocados al lado de San Antonio.

Tal era la casa de Juan Cachaza.

Veamos lo que era la casa de Pepe Berrinche.

El conjunto del edificio tenía honores de palacio, sobre todo en Coveña, donde, como en la generalidad de las aldeas de Castilla la Nueva, los aleros de los tejados se entretienen en apabullarlos sombreros á los buenos mozos.

En el piso bajo, portal, leñera, lagar, cuadra, pajera, granero y algunos departamentos más, todo, esto sobremanera espacioso.

En el piso principal, un salón donde según la frase vulgar podrían correr caballos, regias alcobas, ancho comedor, cocina más ancha aún, despensa y veinte piezas más, todo con hermosas luces y hermosas vistas, y todo ricamente amueblado ó provisto de cuanto puede necesitarse en una casa.

El piso superior estaba destinado á la conservación de frutas conservables, que abundaban allí, y eran por extremo exquisitas.

A la espalda de la casa se extendía un espacioso, coreado, que encerraba una hermosísima huerta jardín, poblado de innumerables frutales, de emparrados que formaban largas y sombrías galerías, de cenadores y de cuantas flores y plantas aromáticas se conocen en España.

A esta huerta-jardín se bajaba desde el comedor por una escalerilla exterior, sombreada con el pomposo ramaje de una enorme parra, que se sabía tradicionalmente haber plantado el bisabuelo de Pepe Berrinche.

—Pero ¡por los clavos de Cristo!—me grita el público.—Dejóse usted de descripciones, que eso ya pasa de castaño obscuro.

—Perdone usted, que estoy en mi derecho, porque no es cosa de que los autores no se luzcan describiendo *el teatro de los sucesos*. Y si no, ¿no está usted harto de leer todos *los* días cuentos, ó novelas, ó artículos que comienzan:

«La luna rielaba en las plateadas ondas del río», etcétera;

Ó

«Los pajarillos cantaban, volando de rama en rama», etc.;

Ó

«El reloj de san acá ó san allá acababa de dar las tantas ó las cuantas», etc.?

—Sí que estoy harto de leerlo.

—Pues entonces, aguante usted la mecha si yo le encajo un trozo de la *poesía* descriptiva que se usa ahora, que lo que se usa no se excusa.

—¡No, si le dejan á usted hablar!...Hable usted hasta mañana.

—Quien va á hablar no soy yo, que son Juan Cachaza y su mujer, mientras comen bajo el emparrado de su jardincito, donde duerme la siesta en una cajiita de mimbre su hija que apenas tendrá un año.

—¡Uf, qué calor! ¡Se asan las piedras en aquella vega!—exclama Juan, haciéndose aire con el sombrero y dirigiéndose á la mesita que acaba de poner su mujer.

—¡Válgame Dios, hijo! ¡Vendrás achicharrado!..¿Por qué no te estás en casa durante las horas de más calor?

—Pero, mujer, ¿no ves que se está desgranando el trigo, y hay que segarle á toda prisa? ¡Sí, para echarla de señores estamos!..

—Tienes razón, hombre. ¡Válgame Dios! ¡Qué gana tengo de que vayas á Madrid con un par de cargas de trigo á ver sí te echas un poco de ropa, que te vas quedando en cueritos vivos! Hoy he estado desojándome á ver si podía arreglarte una camisa para mañana, que es domingo, y apenas lo he conseguido, porque están todas ellas que se le van á una de la mano.

—Anda, que peor estaba la que nuestro padre Adán gastaba en el Paraíso.

—Hijo, Juan Cachaza te llaman, y el nombre te está pintiparado.

—Pues no se cómo á tí no te han puesto MariPaciencia, que ese nombre te vendría tan de molde como á mí el mío.

—¿Y quieres que me vaya á desesperar por los trabajos y los apuros que

Dios le da á una?

—Pues eso mismo digo yo. ¿Que no tenemos hoy un cuarto? Anda con Dios, que mañana lo tendremos, y si no es mañana, será otro día. Nuestra obligación es trabajar para ser ricos. ¿No trabajamos?

—Sí.

—¿Lo somos?

—No.

—Pues, hija, sí esa desgracia fuera para ahorcarle como Judas, son tantos los que padecen de ella, que no habría en el mundo saúco sin espantajo. Pero hablando con formalidad, yo también tengo gana de que saquemos algunos cuartos de la cosecha, no para echármelos yo encima, que el hombre va majo cuando va al trabajo, sino para que tú te avíes un poco....

—Yo ya estoy aviada...

—¡Sí, aviadita estás, sin poder salir de casa!

—La mujer en casa ó la pierna quebrada, dice el refrán. Mira, con el par de zapatos que me traerán esta noche...

—¿Esta noche, dices? ¡Sí, como no te pongas otros!...

—¿Pues no le dijiste al zapatero de Algete que los necesitaba para mañana?

—Ni para mañana, ni para otro día, que cuando fuí á encargarlos estaba el zapatero en Madrid, y no he podido volver...

—Pues anda que para ir mañana á misa me gobernaré con los viejos. Ea, vamos á comer, que ya tendrás gana.

—Esa nunca me falta, á Dios gracias. Anda, tráeme el botijo que quiero hacer boca con un trago.

Juan empina el botijo, y arroja en seguida la bocanada de agua.

—¡Está como caldo!—exclama.

—¡Válgame Dios, hijo! ¡Cuánto lo siento!

—Yo creí que habías ido como todos los días á traerla fresca de la fuente.

—Como está tan impertinente esa criatura con su dentición, no me he atrevido á dejarla en casa ni á llevarla conmigo, no fuera que con el calorazo que hace lo diese un tabardillo.

—Has hecho perfectamente.

—Sí, pero tú estarás ahogado de sed.

—Anda, que aquí al aire se refrescará el botijo para cuando acabemos de comer.

Mariquita saca un puchero, cala la sopa que ya estaba partida, y le coloca á su lado en el suelo.

—¡Qué! ¿Tenemos puchero?

—Sí, hombre. La comida sin puchero no tiene fuste ni fundamento.

—Yo creí que teníamos las truchas que saqué anoche del Jarama.

—También las tenemos fritas y rebozaditas con lluevo. Verás qué ricas están. Sólo que... Eran cuatro, ¿no es verdad?

—Sí.

—Pues me descuidé un poco cuando las estaba friendo, y el Morroño me birló una...

—Verás cómo le quito yo esas mañas.

Juan va á arrear una patada al gato, que anda bajo la mesa; pero el gato, más ligero que su amo, huye hacia la cocina, murmurando no sé qué.

Juan se levanta para perseguirle, pero Mariquita le detiene, apresurándose á decirle:

—Déjale, hombre, que el animalito de Dios no tiene la culpa.

—¡No, que la tendrá el del vecino!

—La tengo yo.

—¿Tú?

—Yo, sí. ¡Caramba, que todo lo ha de decir una! Mira, cuando estaba friendo las truchas, vino la tia Graceta á pedir una limosna, y la pobre traía una cara de necesidad, que de seguro no había entrado gracia de Dios en su cuerpo desde ayer. Y como yo no tengo alma para ver lástimas, ¡que había de hacer! la mandé entrar y sentarse, y le dí una trucha, que se comió calentita con un zoquete de pan. ¡Hijo, si vieras con qué ansia la comía!..La pobrecita parecía otra mujer después que tomó aquel refrigerio.

—Hiciste bien en sacarle la tripa de mal año, aunque otras lo merecen mejor que ella...

—¡Hombro; si la infeliz está cargada de años y de hambre!

—Y también de picardía.

—¡Qué lengua tienes!

—Peor la tiene esa infernadora de matrimonios...

—Anda, déjala, que si es mala, *allá* lo encontrará.

—Si viene á pedir una limosna, se la das, y cuanto antes se largue mejor, que esa es una tía bruja...

—Pues mira, yo no me atrevo á ponerme mal con ella, porque no sea que le vaya á hacer á mi niña mal de ojo.

—¡Mal de ojo!... ¡Quítate de ahí, mujer! ¿No te da vergüenza creer en esas tonterías?

—¡Sí tonterías! Mira, á la Rosa le ha contado Santiago, su novio, que la tía Gaceta fué un día á Algete, y porque no le quiso dar limosna una mujer que estaba dando de mamar á un niño, se puso á mirar, á mirar al angelito de Dios, y así que la tía Gaceta se marchó, el pobre niño se quedó muerto como un pajarito en los brazos de su madre.

—Mujer, no creas disparates.

—Pues así lo ha contado Santiago.

—Santiago es un tonto, que siempre está viendo visiones. Para que te convenzas de que eso del mal de ojo es cuento, te voy á contar uno. Un vecino de Ajalvir, muy hombre de bien y muy poco ambicioso mientras no tuvo familia, tuvo un niño muy hermoso, y desde aquel instante empezó á ambicionar como si temiera que Le faltasen siete pies de tierra para enterrarse?. Todo su afán venía de que quería mucho á su hijo, y todo le parecía poco para dejarle rico cuando él cerrase el ojo. Pues señor, poco á poco se fué metiendo hasta la mitad de una tierra que lindaba con otra suya; pero el dueño de la tierra, que era un señor de Alcalá, lo sabe y le pone pleito. El de Ajalvir pensó que lo que una mujer no alcanza con sus ruegos no lo alcaza nadie? y dijo á la suya que fuese á Alcalá y rogase al dueño de la tierra que no le arruinara andando en justicia. La mujer se plantó en Alcalá, llevando consigo al niño, y preguntando por el señor á quien iba á ver, le dijeron que había ido á Madrid, pero que podía ver á su madre. La hicieron entrar en un gabinete y allí se encontró con una señora muy viejecita, que estaba muy arrellanada en un sillón. La señora le prometió interceder para que no siguiera el pleito, y la despidió con mucho cariño. A la de Ajalvir le chocó que durante la visita la viejecita no quitase ojo del niño, mirándolo sin pestañear siquiera, y tomó el camino del pueblo; pero apenas salió de Alcalá, el niño empezó á ponerse malo, y malo fué que al llegar á Ajalvir angelitos al cielo. La mujer contó todo lo que le había pasado en Alcalá, y al llegar á lo del modo de mirar de la viejecita, marido y mujer convinieron en que aquella pícara había hecho mal de ojo á la criatura, y en seguida dieron parte del caso al juez de Alcala; pero cátate tú que al ir el juez á tomar declaración á la señora que había hecho mal de ojo al niño, se encontró con que la señora era ciega.

—La muerto del niño fué castigo de Dios, que hirió al ambicioso donde más le dolía.

—Mujer, eso es ya meterse en honduras que no son para ingnorantes como nosotros. Trae las truchas, que quiero volver pronto á trabajar, sin meterme en tierras ajenas, no sea que Dios nos hiera en eso pedazo de nuestro corazón que tienes al lado.

—¡Hija de mi alma!—exclama Mariquita dando un beso á lo suya, que duermo á su lado.

Y se dirige á la cocina, de donde sale el Morroño como espantado y presa de crueles remordimientos.

—¡Ah, pícaro!—exclama Mariquita al verle.—Apuesto á que tú has hecho alguna de las tuyas.

Y se lanza presurosa á la cocina.

—¿No lo dije?—añade.—Ese gato me ha de quitar á mí la vida. Le mato, le mato sin remedio.

—¿Qué es eso, mujer?

—¡Qué ha de ser! Que el Morroño no ha dejado, ni las espinas de las truchas.

—Dame la escopeta y verás cómo se las hago yo salir del cuerpo de una perdigonada.

—¡No, no lo mates—exclama Mariquita asustada,—que yo tengo la culpa! Dejé las truchas á su disposición, y ¡qué había de hacer el animalito de Dios!

—Vamos, le perdonaremos la vida, ya que te empeñas, mujer.

—¡Y tú, pobre, que te estuviste anoche matándote para pescar las truchas!

—Las pesqué para tí y se las has dejado llevar al gato..¡Buen provecho te haga tu descuido!..¿Sabes lo que iba murmurando el gato cuando huía acusado por tí de un delito que no había cometido? Pues iba diciendo: «Ya que me acusas de ladrón sin serlo, lo seré, y si me lleva el diablo me llevará almorzado;» que así dicen y hacen los concejales donde hay la costumbre de acusarlos de ladrones, aunque sean hombres de bien.

III

El tío Jeromo, que cuenta ya sus setenta inviernos, está partiendo leña en el portal de casa de Pepe Berrinche, y la tía Gaceta se acerca renqueando y apoyada en su báculo á la puerta de la misma casa.

—¡Ave María Purísima!

—Sin pecado concebida.

—¿Cómo va, tío Jeromo?

—Unas veces cayendo y otras levantando. ¿Y usted, tía Gaceta?

—¡Cómo quieres que me vaya, cargada de años y de necesidad!.

—De necesidad, ¿eh? Si en lugar de echar en aguardiente los cuartos que usted recoge, los echara en una hucha...

—¡Calla, calla, mala lengua, y no quites el crédito á los pobres!

—Para quitarle á usted el crédito era menester que le tuviera.

—Le tengo y muy grande.

—Sí, de borracha.

—Mira, Jeromo, que el pobrecito que llega á tu puerta es Dios.

—No estoy conforme.

—¿Por qué?

—Porque Dios no bobo aguardiente, y usted huele que apesta...

—¡Pero, hijo, si sabes que el cuartito que me echo es por medicina.

—¡Que no reventara usted!

—¡Calla, lengua de hacha!

—¡Quién cogiera la de usted sobre este tajo!

—Sí, eso quisieras tú. Pues, hijo, el que no la hace no la teme.

—¿Qué es lo que usted quiero decir, tía bruja?

—Nada, nada, hijo. No te asustes que ya me hago cargo de que tus amos son ricos, y lo mismo les da vender el trigo á cuarenta que á cuarenta y dos.

—¿Qué es lo que está usted ahí hablando, grandísima...

—Nada, que como soy bruja, todo lo sé.

—¡Voto á bríos Baco balillo!... se explica usted ó le arranco la lengua.

—Lo dicho, dicho, hijo. No la hagas y no la temas.

—Si no fuera usted mujer...

—No soy mujer, que soy un duendecillo que todo lo sabe.

—Me va usted á decir qué es lo que sabe de mí, ó...

—¡Suelta, suelta, que te prometo callar como una muerta!

—¡Tía Gaceta, explíquese usted ó me pierdo!

El tío Jeromo tiene asida por el pescuezo á la tía Gaceta con la una mano, mientras con la otra aprieta, temblando de ira, el mango del hacha.

A los gritos que dan los contendientes sale á lo alto de la escalera la sonora Isabel, que es la mujer de Pepe Berrinche.

—Tío Jeromo—pregunta asustada,—¿qué es eso?

—Que voy A matar á esta bruja, borracha.

—Pero, ¿por qué, hombre?

—Porque me está quitando la honra.

—¡Qué honra ni qué calabaza! Suéltela usted, y no sea usted bruto.

El tío Jeromo suelta á la vieja, tira el hacha y se va á la calle echando sapos y culebras por aquella boca contra la tía Gaceta y contra su ama.

—Tía Gaceta, suba usted, y no haga caso de ese vinagre.

—Hija, algún ángel te ha hecho salir, que si no, me mata esa fiera. ¡Pobrecita de mí, que, como me ven vieja y necesitada, todos me tiran al degüello!

Y la tía Gaceta se echó á llorar.

—Vamos, no llore usted, que no todos la tratan á usted mal. Entre usted y beberá un poco de agua y vinagre para que se serene.

—¡Dios te lo pagará, hija!..Mira, no te molestes en hacer mezclas... Dame una pintita de vino ó aguardiente si lo tienes á mano.

—¡Eh! ¡Mal haya el aguardentazo, que no sé cómo no tienen ustedes abrasadas las entrañas con él!

—¡Ay, hija! ¡Bien se conoce que no lo bebes! Si supieras tú el excelente refresco que es...

—¡No tiene usted mal refresco!

—¡Pues qué! ¿No has visto echar unas gotas de aguardiente en el agua para refrescar?

—Sí que lo he visto.

—Pues si el aguardiente aguado refresca, calcula tú lo que refrescará puro.

—Será lo que usted quiera, tía Gaceta; pero le aseguro A usted que si me hubiera tocado un mando aficionado al aguardiente, no sé lo que haría... En casa lo tenemos siempre por si se ofrece para un remedio; pero sólo con olerlo me dan náuseas, y oso que es del mejor.

A la tía Gaceta se lo encandilan los ojos al oir este elogio del aguardiente que se gasta en casa de Pepe Berrinche.

—Pues hija, tú aborreces á los que huelen á aguardiente, pero á tu marido no le sucede lo mismo...

—¿Y por qué dice usted eso?

—Porque lo acabo de ver.

—¡Caramba, explíquese usted de una vez y déjese de misterios!

—Mujer, ten paciencia, que desde que te casaste parece que se te ha pegado el mal genio de los Berrinches. Sácame eso á ver si se me despega un poco la lengua del paladar, y luego hablaremos.

Isabel trae una botella de aguardiente y echa una copa á la tía Gaceta, que la desocupa con delicia, exclamando:

—¡Bendito sea el Señor! ¡Qué pecado mortal cometéis los que habláis mal de esta gracia de Dios!

—Pero vamos, ¿por qué dice usted que mi Pepe no aborrece á los que huelen á aguardiente?

—Porque le gusta arrimarse á la aguardentera...

—¿A la Celedonia?

—Sí, á la Buena moza de la Plaza.

A Isabel se le desencajan las facciones y se le encienden de cólera las mejillas.

—Vamos, tía Gaceta, déjese usted de embustes y no turbe la paz de los que viven como Dios manda.

—Hija, perdona, que no me acordaba de que eras celosilla.

—Yo no soy celosa, que soy una mujer que tiene confianza en su marido—replica Isabel con altivez.

—Pues nada, hija, no hablemos más del asunto. Haces perfectamente en no querer averiguar las vidas y milagros de tu marido. Yo, que he vivido mucho, se mucho de estas cosas, y creo firmemente que cuando los

hombres salen como el tuyo alegrillos de cascos y aficionados á las hijas de Eva, lo mejor es cerrar los ojos y salga el sol por Ante quera.

—¡Tía Gaceta—exclama Isabel casi llorando de rabia,—váyase usted, váyase usted de aquí!

—Bien, hija, ahora me iré; pero échame una pintita, que me ha destrozado ese pícaro de tío Jeromo.

—Tome usted, y váyase de aquí más pronto que la vista.

Isabel, desatentada, eolia otra copa de aguardiente, derramando sobre la mesa dos ó tres

La tía Gaceta desocupa la copa y se pone á sorber el aguardiente que cuela de la mesa, exclamando:

—¡Válgame el Señor! ¡Qué lástima ver la gracia de Dios por el suelo!

—¡Tío Jeromo!

—¡Tío Jeromo!—grita Pope en el portal.—¿Dónde anda el tío Jeromo, que tiene aquí tirada el hacha y la leña por partir?

Nadie le contesta.

La tía Gaceta toma escalera abajo así que siente á Pepe; pero se encuentra con éste al pie de la escalera.

—Ya le he dicho á usted, tía bruja, que no tiene que subir las escaleras de mi casa. Aquí no queremos chismes.

—Bueno, bueno, no te sofoques, cascarrabias, que no volveré á subir. He subido hoy, porque tu mujer, que tiene mejores entrañas que vosotros los Berrinches, me ha mandado subir.

—Largúese usted de aquí, tía Gaceta, que usted es muy amiga de sacar la lengua á paseo, y si se me atufan las narices voy á olvidar que es usted una pobre vieja.

—Sí, ya sé que las viejas no somos santas de tu devoción. Pues, hijo, vieja ha de ser, si no se muere antes, la Buena moza de la Plaza.

—¿Qué es lo que va usted ahí rezando, se bruja?

—Nada, nada, hijo, que no me gusta abrir los ojos á nadie, porque lo mismo reza con los hombros que con las mujeres aquella copla que dice:

El que quiera en este mundo
tener paz con su mujer,
aunque vea muchas cosas
ha de hacer que no las ve.

Pepe sube la escalera diciendo para su chaqueta, pues es de advertir que Pepe gastaba chaqueta en verano y zamarra en las demás estaciones.

—Apuesto doblo contra sencillo á que tenemos pelea de resultas de la visita de esa bruja encismadora; pero voy á hacer de tripas corazón á ver si una vez siquiera en mi vida oigo como quien oye llover los improperios de mi mujer.

Rosa, una chica como su nombre, que sirve en casa de Pepe, canta que se las pela andando de aquí para allí en sus faenas.

Como Pepe no ve á su mujer, pregunta por ella á Rosa, y ésta lo dice que acaba de oírla cerrar la puerta-vidriera de uno de los gabinetes de la sala.

—¡Adiós!—dice para sí Pepe.—Tormenta tenemos.

Y se dirige á la sala y va á entraren el gabinete; pero la puerta-vidriera del gabinete tiene echado el pasadorcito con que se sujeta por dentro el picaporte para que no se pueda levantar desde fuera.

—¡Isabel, abre!

Isabel ni abre ni responde.

—¿Si lo habrá dado algo?—dice para sí Pepe.

Y procura ver por un costado de la cortinilla interior si Isabel está en el gabinete.

En efecto. Isabel está tumbada en un sillón y 011 la frente apoyarla sobre el brazo.

Pepe agota el vocabulario del cariño y la persuasión para hacer abrir y hablar á su mujer; pero su mujer ni habla ni abre.

La sangre de su padre el tío Juan Berrincho, el hombre más irascisble de que hay memoria en Coveña y sus contornos y en el que tuvo origen el mote que lleva la familia, corre por sus venas y dice á voces aquí estoy yo; pero Pepe, que ha tomado la firme resolución de imitar al vecino de enfrente., da un papirotazo á su sangre y la hace callar.

A través de la puerta-vidriera empiezan á oírse sollozos. Pepe los considera truenos precursores de un diluvio de improperios, y redobla sus esfuerzos para conjurar la tormenta, pero la tormenta estalla de repente más fuerte que nunca.

Isabel se levanta con los ojos llorosos y centelleantes y el rostro desencajado y todo su cuerpo agitado por una convulsión nerviosa, y abre la puerta-vidriera, exclamando:

—¡Hipócrita, infame, déjame en paz y vote á gastar conversación con la bribona que te ha entretenido toda la mañana!

—Pero, mujer, ¿estás loca?—dice Pepe, esforzándose por conservar la calma habitual en el vecino de enfrento, á quien se ha propuesto imitar.—¡Si he pasado la mañana!...

—Demasiado sé dónde la has pasado, grandísimo pícaro... ¡Pobre de mí! ¡En qué hombre puse yo mi cariño!

E Isabel llora, sin consuelo.

—Pero, mujer, óyeme, y luego me condenarás si lo merezco.

—Lo que tú te mereces es un presidio.

A Pepe lo faltan ya fuerzas para contener los botes y rebotes que da en sus venas la sangre de los Berrinches.

—¡Isabel, que se me acaba ya la paciencia!...—grita meneando la cabeza y soltando un tremendo taco y dando una terrible patada en el suelo.

—Mátame, mátame si quieres, que más vale que me mates de un golpe

que poco á poco—replica Isabel presentándose delante de él del modo más provocativo.

Pepe hace el último esfuerzo para poner una mordaza á la sangre de los Berrinches.

Algunos vecinos escuchan la disputa desde la esquina de enfrente, y el tío Jeromo sube la escalera con toda la ligereza que lo permiten sus setenta años.

—¿Qué escándalo es éste, caráspita?—exclama, lanzándose en medio de sus amos.—¡A ver si se calla aquí todo Dios!

—Tío Jeromo, vaya usted á cumplir con su obligación y no se meta usted en los asuntos de sus amos—le replica Pepe.

—Mi obligación es no consentir que estéis siempre como el perro y el gato por un quítame allá esas pajas.

—¡Obedézcame usted y calle!—grita Pepe con severidad al viejo.

—Pues no me da la gana de obedecer ¡caráspita! que tú no eres mi amo ni Cristo que lo fundó. Mi amo era el pobre de tu padre, que esté en gloria, y aquél me tenía autorizado hasta para cascarte las liendres, ¿Con que estás enterado?

—Vaya, á usted hay que dejarle ó matarle—dice Pepe sonriendo.

Pero viendo que Isabel se deshace en lágrimas, agitada por la convulsión nerviosa cada vez más fuerte, hace un supremo esfuerzo para convencerla de que sus quejas son infundadas, y de que si quiere tranquilizarse lo conseguirá sólo con escucharle.

—Vamos, vamos—dice el tío Jeromo uniendo sus esfuerzos á los de Pepe,—tú también eres una chufillas, y es necesario que domines eso geniecillo que se te ha pegado de tu marido.

Y cogiendo á Isabel por el brazo y procurando arrojarla á los de su marido.

—Anda—añade,—dale un abrazo y estamos todos al fin de la calle.

Pero Isabel paga la oficiosidad del viejo con un sofión, y se deja caer

nuevamente en el sillón, quejándose de lo desgraciada que Dios la ha hecho dándole el marido que le ha dado.

—¡Pues tú y tu marido y toda vuestra casta os váis donde se fué mi dinero!—exclama el tío Jeromo, furioso al ver que nadie le hace caso.—Sois un atajo de ingratos y descastados, y no merecéis que nadie se tomo interés por vosotros. La culpa tongo yo, que no digo al veros enzarzados: «Anda, que se descuernen...» ¡Ay! Si alzara la cabeza el pobre señor Juan, y viera cómo tratan su hijo y su nuera á este pobre viejo que lleva cerca de sesenta años en la casa...

Y el tío Jeromo toma la escalera, empuña el liadla que estaba tirada en el portal, y continúa partiendo leña con tal rabia que de cada hachazo divide una gruesa rama de álamo negro, figurándose que el zoquete de madera es el pescuezo de la tía Gaceta, á quien con razón echa la culpa de toda la gresca que esta vez anda en la casa.

Entretanto, Isabel y Pepe discuten á más y mejor en la sala, porque es de saber que Pepe ha alcanzado por fin la gran victoria de que su mujer le escuche y le replique.

En política, la discusión conduce generalmente al odio; pero en cuestiones domésticas, la discusión conduce á la reconciliación, aunque á veces hace dar un rodeo por los trastazos.

Pasaba esto la víspera de una solemne fiesta, y las campanas de la iglesia parroquial de Coveña comenzaron á repicar, con gran enojo de Isabel y Pepe, en el momento en que Pepe é Isabel comentaron á discutir.

Un grito de horror se oyó de repente hacia la plaza, las campanas callaron, llantos y voces lastimeras, que se extendieron rápidamente por todo el pueblo siguieron á aquel grito.

—¡Santo Cristo del Amparo, favorecerle!—gritaban las mujeres.

Y Pepe y su mujer, olvidando repentinamente su querella, se precipitaron al balcón, y tan pronto como supieron la causa de aquel llanto y aquellos lamentos, corrieron hacia la iglesia, á cuya plaza se agolpaban todos los

habitantes del pueblo.

IV

La iglesia parroquial de Coveña es uno de los templos más hermosos que alegran con la voz ele sus campanas las llanuras de Castilla la Nueva.

No en vano hemos din lio que su torre parece la de una catedral. Apenas salimos de Madrid, distinguimos allá lejos, muy lejos, en el vago y extenso horizonte, una aguja que surge de la llanura, y en tomo ó al pie de la cual en vano buscamos algún edificio. Aquella aguja, que al salir de Madrid nos parecía negra, y según vamos caminando hacia ella va tornándose blanca, es el campanario de Coveña, que se alza de un vallecito, en cuyo fondo se oculta á nuestros ojos el hermoso templo que le sirve de pedestal.

La tradición popular, que, con permiso del axioma *Vox populi, vox Dey*, suele ser muy embustera é incurro en anacronismos, de marca mayor, atribuye á Herrera, al gran artífice del monasterio del Escorial, la construcción de la iglesia parroquial de Coveña que en mi concepto, cuando más será obra de algún discípulo de Herrera.

La tradición no se contenta con esto: echándose sin duda la cuenta de prosa por ocho, presa por ochenta, se aventura á contar lo siguiente:

Juan Herrera veía ya casi terminada la iglesia de Coveña y se complacía en contemplar su obra, unas veces á vista de pájaro, es decir, desde el cerro del castillo, y otras á vista de hormiga, es decir, desde la plaza donde está edificada la iglesia. Juan de Herrera tenía un hijo que valía un tesoro en punto á teoría; pero que no valía un comino en punto á práctica.

El chico emprendió un día la subida al campanario por la altísima escalera espiral, encerrada en una especie de tubo de piedra, que aún subsiste, y al llegar al fin de aquel poco menos que interminable remolino se sintió mareado con tantas vueltas y revueltas. Su padre, que le seguía sin que él lo supiese, le vió asomarse á una ventana que da á la plaza y echarse inmediatamente atrás, espantado del abismo á cuya orilla se hallaba.

—¡Cobarde! ¿Tienes miedo?—exclamó Herrera indignado al ver que su

hijo se asustaba de la altura que no asustaba á los niños de Coveña.

El muchacho quiso defenderse de la acusación que su padre lo dirigía, y volvió á asomarse á la ventana; pero Herrera notó que mientras permanecía asomado, cerraba los ojos, no pudiendo contemplar con serenidad el abismo sobre el cual se inclinaba.

Herrera renovó sus reconvenciones cada vez más irritado con su hijo, que no puso gran empeño en defenderse.

Algunos días después se bendijo el templo, y con tal motivo el arquitecto y su hijo fueron obsequiados por el Municipio con un espléndido banquete, al que asistían muchas personas notables de los pueblos comarcanos, de Alcalá y de Madrid.

Durante el banquete, Herrera quiso aprovechar la ocasión que le pareció oportuna para castigar la que él creía falta de su hijo, y refirió ante aquel lucido concurso la prueba de cobardía dada por el muchacho.

Este, lleno de vergüenza, trató de probar que no había sentido miedo al asomarse á la ventana de la torre; pero como le desmintiese su padre y nadie le creyese, exclamó herido en su amor propio:

—Padre, consentid que me someta á una gran prueba solemne y pública, y nadie habrá que se atreva á tacharme de cobarde.

—Lo consiento, hijo—contestó Herrera con alegría, porque por lo mismo que quería mucho á su hijo, no le quería falto de valor,—¿Qué prueba deseas?

—Aún falta coronar la torre con el globo y la cruz que hoy se han traído de Madrid. Permitidme subir á colocar ese coronamiento.

—¿Tendrás valor para ello?

—Le tendré.

—Mira, hijo, que si allí te falta el valor, te faltará la vida

—Ni el valor ni la vida me faltarán.

—Pues bien: mañana subirás á colocar sobre la torre el globo y la

cruz—dijo Herrera estrechando regocijado la mano de su hijo, cuya resolución aplaudieron también cuantos estaban presentes.

La noticia de que al día siguiente se iba á verificar aquella arriesgada operación, círculo por los pueblos comarcanos, y al día siguiente millares de forasteros acudieron á presenciarla. Lo mismo los campos inmediatos á Coveña que la plaza contigua á la iglesia estaban llenos de espectadores.

La enorme *hola*.(la tradición, que está más familiarizada con las *bolas* que con los globos, esferas y otras garambainas, habla sólo de una bola), la enorme bola de bronce estaba ya á la mañana siguiente al pie de la torre, sujeta con fuertes maromas que debían servir para elevarla.

—Si no tienes confianza en tu serenidad, no subas, hijo, que aún estás á tiempo para evitar un gran peligro—dijo Herrera á su hijo á la puerta del templo.

El mancebo se sintió nuvamente humillado con aquella advertencia que implicaba duda de su valor, y por única respuesta tomó apresuradamente la alta escalera espiral del campanario, y un momento después se le vió salir al tejado por uno de los arcos donde algunos días antes habían fijado las campanas

Muchas de las personas que ocupaban la plaza oyeron con supersticioso terror una lúgubre campanada al pasar el joven por bajo la campana, con cuyo badajo sin duda tropezó.

—¡La campana ha tocado á muerto!...—repitió la multitud.

Y esta exclamación se oyó en seguida por todas, partes.

Herrera, sin embargo, parecía, tranquilo viendo desde la plaza á su hijo trepar al remate de la torre por una escalera de mano colocada en el tejado, y preparar el macho que había de recibir et globo.

El globo empozó á ascender, y el joven necesitaba subir dos peldaños más para recibirle; pero trató de hacerlo y no se atrevió.

—¡Mi hijo es muerto, porque teme!—exclamó Herrera con terror observando á su hijo desde la plaza.

Y en efecto, apenas lo había dicho, la multitud lanzó un grito de horror

viendo al mancebo vacilar y caer haciéndose pedazos contra vino de los botareles del templo.

Juan de Herrera, afta de la tradición, no tuvo desde entonces día alegre ni noche tranquila.

Una noche obscura, obscura, subió al cimborrio de San Lorenzo del Escorial, y al dirigir la vista hacia el Oriente, descubrió sobre la lejana torre de Coveña dos ojos centelleantes y amenazadores que se fijaban en él. Odio días después, al cumplirse el año de la muerte de su hijo, expiró á la misma hora en que éste había expirado.

Puede ser embustera la tradición que cuenta esto, y puedo serlo yo también que cuento cosas que no habrán averiguado algunos moradores de Coveña menos investigadores que yo; pero por muy embusteros que la tradición y yo fuésemos, nunca lo seríamos tanto como un poeta madrileño, que queriendo pagar poéticamente la hospitalidad que durante algunos días encontró en Coveña, consagró á aquella humilde aldea un cántico, en que se refiere que el templo atribuido á Juan de Herrera fué un tiempo mezquita mahometana, y á la sombra de aquellos jóvenes olivos, donde descansamos al terminar nuestro viajo, descansaron los hijos de Ismael.

El que pase por Coveña, y quiera oír este *licencioso* cántico, pida á aquellos campesinos que se le reciten, y pronto encontrará quien le complazca.

Pero basta de digresión, y volvamos á nuestro cuento.

A la misma hora en que Pepe Berrinche y su mujer andaban poco menos que á la greña, pasaba en la plaza de la iglesia lo que vamos á referir.

En la manzana de casas fronteras á la iglesia había una tiendecita, quizá la única del pueblo, donde se vendían géneros tan heterogéneos como las tachuelas y el aguardiente, y á la puerta de la tienda había un toldo de estera vieja que se reía por todas partos de la ruindad de dos parras que pugnaban por trepar á su altura, y reemplazarle en su benéfica misión de dar sombra á las vecinas que á la puerta de la tienda se sentaban á coser y murmurar.

La Buena moza, nombro un poco aventurado con que era conocida

Celedonia la tendera, y sil vecina la tía Claudia, madre de Rosa, la criada de Pepe Berrinche, estaban cosiendo ala puerta de la tienda mientras unos chicos retozaban en un montón de cal á la sombra de la torre de la iglesia.

—Hija—decía la tendera,—por más vueltas que te doy, no sé cómo componer este pantalón de ese enemigo malo de Pascualillo, porque está que no hay por donde cogerle, aunque apenas hace un mes que le estrenó.

—¡Pues no te digo nada de esta camisa de mí Antonio!

—¡Vamos, si no gana una para vestir á esas criaturas!

—Pero, hija, ¿qué quieres que suceda con la vida que le dan á la ropa? ¡Mira, mira el mío! ¡Pues no está el condonado á muerte revolcándose en la cal! Vamos, hija, si te digo..¡Antonio!?

—¿Qué quiere usted?

—¡Ah, pícaro, si voy allá!

—Sí, me meterá usted un brazo por una manga.

—¡Grandísimo insolente! Aguarda, aguarda, que ya te diré yo...

—¡Eh! Mujer, déjale.

—¡Cómo que le deje! Sin hueso sano, á ver si es ese modo de responder á su madre.

—¡Gem! ¡gem! ¿Pues yo qué he dicho?

—¡Pícaro! ¡Bribón! ¿Dónde has aprendido tú ose modo de responder?

—Padre dice así.

—¡Ya! Lo malo es lo que aprendéis vosotros que: lo bueno no. Cuando digo que voy á hacer y acontecer á los chicos, salta siempre su padre haciéndose el incrédulo: «Sí, lo que harás tú es meterle un brazo por una manga.»

—Pues *velay*. Los niños, ya se sabe, son como loá papagayos, que dicen lo que oyen, y como los monos, que hacen lo que yen. Ahí tienes al mío

sentado con las piernas cruzadas á lo moruno. ¿Pues sabes por qué es? Porque su padre, que esté en gloria, tenía el vicio, como todos los valencianos, de sentarse así, y él, que lo veía, hace lo mismo. Desengáñate tú que los niños son monos de imitación.

—Por fin el tuyo es una malva.

—A Dios gracias, no es de los peores.

—¿Sabes que crece sin vergüenza?

—¡Vaya si crece! Como que ya ando á ver si puedo ponerle á estudiar para cura.

—Pues oye, no es mala idea.

—No puedes figurarte la afición que tiene esa criatura á la iglesia. Como que el sacristán tiene una ganga con él. Que hay que repicar, que hay que ayudar á misa, que hay que acompañar al cura para dar el Señor, allí está mi chico, que parece se encuentra hechas todas estas cosas. Así es que hace poco ha pasado por aquí Pepe Berrinche...

—¡Eh! No anden ustedes con motes.

—Tienes razón, hija. Todos le llaman así y una hace lo mismo; pero no merece que se le pongan motes un sujeto que, no agraviando lo presente, de mejor corazón no le hay en Coveña ni en veinte leguas á la redonda. Pues como iba diciendo, hace tiempo que ando cavilando á ver cómo podría yo darle una *miaja* de carrera al chico, y esta mañana viendo pasar por ahí al señor Pepe, dije: «Qué caramba, como él conoce tantos señores en Alcalá y Madrid, voy á hablarle á ver si tiene un buen empeño para meter á mí chico en algún colegio donde estudie latín y se haga cura.« Con que como lo dije lo hice, y me ha prometido hablar á sus amigos, y hasta, si el chico se da buena maña á estudiar, ayudarlo con uno, dos ó medio...

—¡Bendito sea él, que es mejor que el pan candeal! Dios le de un hijo que sea el iris de paz en su casa.

—Pues mira, no has tenido tú mala suerte en meterá la Rosa en ella, que si la muchacha se porta bien no saldrá desnuda de allí.

—Eso por sabido se calla. Como que su amo por un lado y por otro su ama, que son tal para cual, le han dicho que ellos se encargan de hacerle el ajuar cuando se case.

—Y ya que la pregunta viene á pelo, ¿la Rosa habla aún con Santiago el de la Roma?

—¡Toma! cada vez están más encalabrinados.

—Pues es buen muchacho.

—No digo que no; pero, hija, es tan simplón, que á mí me pudre las entrañas.

—Anda, que en casándose, bien se avispan los hombres.

—¡Qué quieres que te diga, hija! Dudo mucho que Santiago se avispe. Te voy á contar lo que le pasó el otro día, y no lo vas á creer. Pues, hija, estalla mala su madre, y el cirujano la recetó yo no sé qué medicina, encargando que se fuera volando, volando por ella á Algete. Toma Santiago el camino de Algete, y antes de pasar el arroyo Ve á Juan Cachaza, que estaba segando trigo en la tierra que tiene junto al camino. Tú ya sabes lo burlón y alegre que es Juan.

—¡Sí, dígamelo usted á mí, que me desternilla de risa con los cuentos que me cuenta cada vez que pasa por aquí!

—Bien puede decir su mujer que si á pobre le ganan pocas en Coveña, á dichosa ninguna le gana. Pero volviendo á Santiago..«¿Adónde vas por ahí, hombre?»—le pregunta Juan. «Voy á Algete por una medicina para mí madre.» «Pues, chico, ándate con mucho cuidado con el boticario, que ha salido una orden de la Reina permitiendo á cada boticario que eche mano cada año á un par de mozos bien gordos y los saque las mantecas para sus medicinas, y como tú estás tan de buen año...» «Pero ¿es verdad eso, señor Juan? «—replica el bobo de Santiago temblando como un azogado. «¡Vaya si lo es!»—responde el otro. Y cátate tú, hija, que Santiago vuelve pies atrás como sí viniera persiguiéndole cuchillo en mano el boticario de Algete, y cuenta el caso á media Coveña; de suerte que el tío Jeromo, como es tan zumbón como el mismo Juan Cachaza, le da cada mate á la Rosa con éstas y otras simplezas de Santiago, que la pobre chica tiene frita la sangre.

Aquí llegaban en su conversación las vecinas cuando el sacristán, que era un viejecito, se asomó Á la ventana de una casita inmediata á la iglesia, y dijo, dirigiéndose al hijo de la tendera, que continuaba retozando sobre el montón de cal con los otros chicos.

—Pascualillo, ven por la llave de la iglesia, y á ver si das un repique de los que tú sabes, que mañana es fiesta.

Pascualillo, loco de contento, fué de un brinco por la llave, y un momento después, seguido de los otros chicos, subía la altísima y estrecha escalera del campanario.

Campanas y cimbalillos empezaron inmediatamente á voltear, atronando el pueblo y los campos circunvecinos.

El director de aquella estrepitosa orquesta era Pascualillo, que llevaba la batuta agarrado á la cruz de la campana mayor, con la que daba vueltas con una rapidez asombrosa, en tanto que su madre reventaba de orgullo contemplando desde la puerta de su casa la habilidad del chico.

De repente un grito de inexplicable espanto se exhala del pecho de Celedonia, que exclama:

—¡Santo Cristo del Amparo, socorredle!

Y se lanza como una loca hacia el pie de la torvo, seguida de la vecina, tan espantada como ella.

Era que la campana que volteaba Pascualillo, había despedido á éste de la torro abajo.

¿Necesitamos decir más para hacer comprender el espanto de la desgraciada madre?

La cornisa que circuye la torre por bajo las campanas tiene la suficiente anchura para que puedan andar por ella algunos atrevidos muchachos; pero es imposible á éstos dar vuelca á toda la torre, porque en el lado de Oriente la cornisa tiene una rotura, y es imposible sin gravísimo peligro saltar al otro lado.

Quizá Pascualillo hubiera quedado sobre la cornisa, á haberle lanzado otra

campana; pero precisamente le lanzó la que se halla sobre la rotura de la cornisa, y por aquel espantoso boquete descendió de la torre.

Al acercarse al pie de ésta, Celedonia lanza otro grito, pero es un grito de alegría y de esperanza, porque su hijo ha caído precisamente sobre el montón de cal donde hace pocos momentos jugaba con sus compañeros, y donde yace tendido boca abajo y sin hacer movimiento alguno.

No sin alguna razón suele decirse que los muchachos tienen siete vidas como los gatos.

Temeroso yo de que el lector creyese inverosímil que Pascualillo no se hubiese hecho doscientos pedazos al caer de la torre de Coveña, porque muchas veces los hechos históricos son más invesímiles que los inventados, consulté á un amigo muy experimentado en la vida y en la literatura, y me contó lo siguiente:

«En tiempo de la guerra estaba yo en Santa Cruz de Mudela con el batallón de que era jefe. Un día tuvimos ejercicio en la plaza y se formaron pabellones al pie de la torre de la iglesia, en ocasión en que las campanas repicaban á más y mejor. Mandé deshacer pabellones, y en el momento en que cada cual tomaba su fusil y por consiguiente la plaza estaba erizada de bayonetas, un chico fué despedido por una campana que volteaba, y vino á caer en medio de los soldados. Admirámonos todos de que no se hubiese quedado clavado en alguna bayoneta; y cuando yo me precipité hacia él creyéndole estrellado, ví con asombro que se levantó como si se hubiera caído á consecuencia de un resbalón, y después de pedirme que no le dijera nada á su madre, que era mi patrona, echó á correr á tomar nuevamente la escalera del campanario donde le vimos todos dos minutos después girando velozmente agarrado á la misma campana, como si quisiera vengarse de ella por la mala partida que le había querido jugar.»

Pascualillo no fué tan feliz como el chico de Santa Cruz, porque cuando su madre le cogió en sus brazos estaba sin sentido y tenía el rostro bailado en sangre.

—¡Hijo de mis entrañas!... ¡Está reventado!... ¡Santo Cristo del Amparo! ¡Ten misericordia de mí y del hijo de mi corazón!—gritaba Celedonia loca, trastornada, muerta de pena, creyendo tener en sus brazos un cadáver.

Y muchas personas que habían acudido á sus gritos, formaban coro con ella sin osar siquiera infundir á la pobre madre un vislumbre de esperanza, porque era una insensatez el esperar que una criatura caída de la torre conservase resta alguno de vida.

Entre la muchedumbre que había acudido se hallaban Pepe Berrinche y su mujer.

Isabel, viendo que, aturdidos todos, nadie prestaba auxilio á Celedonia ni al niño:

—¡Por la Virgen Santísima!—exclamó.—¿No hay quien favorezca á esa pobre mujer y á osa pobre criatura? Traigan ustedes el niño á mi casa, que allí hay cuanto se necesita para curarle; y tú, Pepe, que tienes más fuerza que ninguno, coge en brazos á la pobre Celedonia y llévala á su casa, donde no vea á su hijo, que le desgarra las entrañas.

En efecto, el niño fué conducido inmediatamente á casa de Pepe Berrincho, adonde se adelantó corriendo Isabel para disponer todo lo necesario á su curación, caso de que no estuviese ya muerto, en tanto que Pepe conducía en brazos á la tiendecilla á Celedonia, que estaba desmayada.

—Pero, ¿no hay aquí quien despache dos cuartillos de aguardiente?—preguntaba muy quemada la tía Gaceta, dando con el báculo en el mostrador.

Y al volverse y ver á Pepe que traía á la Buena moza en brazos:

—¿Qué es eso?—preguntó á una vecina.

—¡Qué ha de ser! Que se ha matado el chico de la pobre Celedonia.

—No hay mal que por bien no venga—dijo la tía Gaceta, sonriendo con refinada malicia y señalando con su puntiaguda barbilla hacia Pepe.

Y añadió, dirigiéndose á éste con una malévola sonrisa:

—Aprieta, aprieta, hijo, que de esas entran pocas en libra.

. Mientras Pepe, con ayuda de algunas vecinas, procuraba tornar en su acuerdo á Celedonia y lo conseguía al fin, el cirujano reconocía á

Pascualillo, que, no sin admiración del mismo facultativo, recobró el conocimiento y se encontró sin ninguna lesión grave, pues la sangre que tenía en el rostro era consecuencia del golpe que se había dado en las narices al caer de bruces sobro el montón de cal.

Isabel se apoderó de las dos gallinas más gordas que tenía en el corral, y por conducto de Pascualillo, que por su pie tomó el camino de casa, se las mandó á Celedonia, diciendo al chico:

—Toma, hijo, llévale éstas á tu madre para que tome unos buenos caldos si la obliga á hacer cama el susto que tú, enemigo malo, le has dado.

V

El sol toca ya al Ocaso.

Juan Cachaza, acompañado de su mujer y Santiago el de la Roma, está en una de las oras con que lindan las últimas casas de la parte alta de Coveña.

Ha estado de trilla y ya tiene amontonada en la era toda su miserable cosecha.

El día ha sido calurosísimo, y aunque la noche se acerca, el viento no mueve una paja ni una arista en la era, lo cual impide á Juan dejar limpio de polvo y paja el trigo de la parra.

Un poco más abajo de la era está la fuente, á la que se dirige una muchacha cantando y con el cántaro apoyado en la cadera.

La muchacha, que es ni más ni menos Rosa, la criada de Pepe Berrinche, canta:

Si quieres que yo te quiera
me has de venir á buscar.
como el arroyo á los ríos
y los ríos á la mar.

Santiago, que entiende la indirecta, se sonríe de gozo, suelta el bieldo y se va hacia la fuente, con pretexto de echar un trago.

Juan y su mujer, que también entienden la indirecta de la Rosa y la sed de Santiago, se sonríen maliciosamente.

—¿Es envidia ó caridad?—dice Santiago.

—¡Envidia!—replica Juan.—¿De cuándo acá envidian á los que buscan los que ya han encontrado? Anda, anda á la fuente, que nosotros la tenemos más cerca que tú.

Y al decir esto, Juan enlaza con el brazo el cuello de su mujer, que si no le contesta con otro abrazo le contesta con una mirada y una sonrisa que encierran, un poema de amor.

Santiago y Rosa llegan á un mismo tiempo á la fuente.

Santiago pasa en el pueblo por tonto ó poco menos. ¿Lo será también en amor? Vamos á averiguarlo.

Por depronto tenemos un gran dato para creer que no lo es: la cara de Pascua florida de su novia.

Oigamos la conversación de Rosa y Santiago, aunque esto de oir conversaciones ajenas es una maldita mafia de que debemos ir corrigiéndonos los cuentistas y los dramaturgos.

—Chica, haz una obra de *miselicordia*.

—¿Cuál?

—Dar de beber al sediento.

—¿Y por qué no hiciste tú anoche otra?

—¿Cuál?

—Consolar al triste.

—¡Qué! ¿Estabas triste anoche?

—¡Mira tú qué alegre estaría sin verte en todo el día!.

—¡Ya! Porque estuve á Madrid.

,—Pero viniste al anochecer.

—Mientras desaparejé las caballerías fué obscureciendo.

—¡Y yo toda la noche bajando á la huerta á ver si te sentía al pie de la tapia!

—Y no me sentirías.

—Sí no fuiste, ¿cómo te había de sentir?

—Por eso lo digo.

—¿Y por qué no fuiste?

—Porque... chica, de día iré al quinto infierno si tú me lo mandas, pero de noche no cuentes *en* jamás conmigo.

—¿Con que no he de contar con mi marido de noche?

—Es un decir... según dónde y para lo que sea

—¡Anda cobarde!

—Le doy yo al más pintado el andar en una noche obscura tras de las tapias de la huerta de tu amo.

—¡Pues qué! ¿No has estado yendo todas las noches?

—Sí, pero desde que me salió la fantasma...

—¡Qué fantasma ni qué niño muerto!

—Muerto sería, pero niño de seguro no era, que buenas zancadas echaba corriendo tras de mí.

—¡Quítate de ahí! ¿No te da vergüenza el creer y contar esas tonterías?

—¡Pero, canario, si yo no lo saco de mi cabeza!

—Pues mira, sáqueslo ó no lo saques, yo no quiero casarme con cobardes.

—¡Qué! Para casarse uno, ¿necesita ser valiente?

—Sí que se necesita.

—¡Je! ¡je! ¡je! Pues yo me atrevo...

Y Santiago quiere plantar un abrazo á la Rosa, que le arrea un gaznatazo de padre y muy señor mío.

—¡Toma y vuelve por otro!

—¡Canario, que me has hecho ver las estrellas!

—Eso es para que temas á los vivos como temes á los muertos.

El cántaro está ya lleno

—Ayúdame á alzar este cántaro.

—Chica, pelemos otro poco la pava.

—No, que mi ama no está hoy para fiestas.

—¿Por qué?

—Porque ha reñido con mi amo.

—¿Y por qué ha reñido?

—Por lo de todos los días.

—¿Y cuál es eso?

—¿Tú lo sabes?

—No.

—Ni yo tampoco.

—Pues lo sabrán ellos.

—Tampoco ellos lo saben.

—¡Canario! Si nosotros fuéramos ricos como tus amos, no habíamos de reñir mucho.

—¿Riñen Juan Cachaza y su mujer?

—¿Esos? *En* jamás de Dios.

—¿Pues no son pobres?

—Como las ratas.

—Pues *velay* cómo se puede ser pobres y vivir en paz, y ser ricos y vivir en guerra.

—¡Canario, que tienes razón!

—Ea, ¿con que irás esta noche un rato al pie de la tapia?

—¡Si te he dicho que hay allí fantasma!—Pues mira, en la vida vuelvo á hablar contigo.—¿Que no?

—No.

—Pues yo había pensado que tuviéramos esta noche un buen rato de palique.

—¿Dónde, si no es en la tapia?

—¿Dónde? En el portal.

—El portal de casa de mi amo se cierra al anochecer.

—Pero puedes tú abrirle con mucho tiento cuando todos se hayan acostado.

—Para abrir la puerta, á un novio se necesita una llave.

—El herrero la hace.

—No, que la hace el cura. Vamos echa aquí una mano y no seas pesado.

—¿Adónde la echo?

—Al cántaro.

—¡Je! ¡je! ¡je! ¡Aúpa!

—Adiós.

—Adiós, alma de los dos.

Rosa echa á andar con su cántaro en la cabeza y Santiago vuelve hacia la era, parándose de cuando en cuando á contemplar á Rosa, hasta que la

ve desaparecer tras de las primeras casas del pueblo. Un éstas y las otras va anocheciendo.

—Ea—dice Mariquita,—mientras vosotros acabáis de recoger esto, me voy yo á acostar á mi niña y á hacer en un verbo la cena.

—Mira—dice Juan,—¿quien se mote ahora en casa con el calorazo que hace? Avía la cena, y la despacharemos aquí á la fresca.

—Tienes razón, hijo.

La Mariquita coge á la niña, que duerme á un extremo de la era, acostadita con mucho cuidado en un montón de paja.

—¡Huy, qué rica es la hija de su madre!—exclama queriéndose comer á besos á la criatura.

Y se aleja de la era en dirección al pueblo.

—Chico, chico—dice Juan á Santiago,—basta por hoy de trabajar. Tumbémonos por aquí un rato, y mientras viene la cena, cuéntame un cuento.

—¡Qué cuento he de contar yo!

—¿A que sabes alguno de brujas?

—¡Toma! De esos á manta sé. Como que mi madre sabe más de mil, y no tenía yo seis años cuando ya me los había encajado todos en la mollera.

—¿Y sin duda no te mandó á la escuela, considerando que ya sabías bastante con lo que ella te había enseñado?

—A la cuenta sería por eso.

—Pues oye: ya que hablamos de tu madre, quiero hacerte una pregunta: ¿Por qué llaman á tu madre la Roma, porque es roma de nariz, ó porque es roma de entendimiento?

—¡Canario! Deje usted á mi madre en paz, y oiga usted, si quiere, el cuento.

—Vamos, suéltale.

—«Pues señor, ha de saber usted que había en Algete una mujer con tres hijos, que cabían bajo un celemín, y sabía muchos cuentos de brujas y aparecidos.

Cuando sus hijos lloraban de noche, sonaba con el puño en la pared y les decía:

—El muerto que enterraron la semana pasada viene á buscaros para que vayáis á hacerle compañía en el camposanto, porque le da miedo pasar allí las noches solo.

Y los niños callaban como muertos. Un día á la buena mujer le dió un patatús, y estiró para siempre la pata. Cuando se presentó delante de Nuestro Señor en el cielo, le dijo Nuestro Señor:

—De buena gana te diría que te quedaras aquí sin llenar el requisito de pasar por el purgatorio, porque te falta poco para santa; pero Miguel, el encargado del peso, me ha dicho que tienes contra tí unos cuantos adarmes de mentirijillas, y es preciso que los purgues, que aquí no se hace la vista gorda á nada, como sucede entre los hombres

—¡Señor!—exclamó la de Algeto.—Mire Vuestra Majestad que todos estamos sujetos á equivocaciones, y el señor Miguel puede haberse equivocado, porque yo no he echado una bola en mi vida.

—Hija, ahora la acabas de echar, y no tienes más remedio que ir á purgar esa y las que echástes en Algete.

—Pero, Señor, ¿á quién le eché yo bolas en Algete?

—A tus hijos.

—¡Caramba, que tiene Vuestra Majestad mil razones!—dijo la buena mujer.—Algunas veces engañé á mis chicos contándolos cosas de muertos; pero le aseguro á Vuestra Majestad que si desde luego no he confesado mi culpa, es por habérseme ido el santo al cielo.

—Pues bien; te voy á echar una penitencia muy suave. Estarás en el purgatorio nada más que hasta que cualquiera de tus hijos ponga los pies en el camposanto donde tu cuerpo está enterrado. Me parece que no te quejarás de que es dura la sentencia.

—Dios se lo pague á Vuestra Majestad, que no esperaba yo tanta indulgencia. Casualmente el camposanto de Algete está á la orillita del camino de Coveña, y como mis chicos, desde que han quedado huérfanos, van todos los días á comer en casa de una tía que tienen en Coveña, ya ve Vuestra Majestad, si ellos, que son tan curiosos y diablejos, dejarán algún día, cuando pasen, de colarse en el camposanto por cima de las tapias. Ni una semana estoy yo en el purgatorio.

La de Algete se retiró tan contenta á cumplir su condena; pero han pasado años y años y años, y sus hijos se han hecho viejos sin poner los pies en el camposanto, que cada vez que pasan junto á sus tapias se acuerdan de aquel muerto que quería llevarlos para que le hiciesen compañía, y se alejan del camposanto llenos de terror, por más que oyen una voz muy triste, muy triste, y parecida á la de su madre, que los llama, saliendo del camposanto, y repitiéndola el eco en todas las cañadas de Valderrabé.

Al contar esto, el terror se había ido apoderando de Santiago, que volvía la vista como espantado hacia Valderrabé, nombre que tiene un hermoso vallecito situado entre Coveña y Algete, y donde hay un santuario á cuya sombra se cobija el cementerio de la segunda de estas poblaciones.

—No tiemblos—le dijo Juan;—no temas oir aquella triste voz, que ya la mujer de Algete que la daba está en el cielo, porque sus hijos entraron en el camposanto obligados por la muerte.

—¡Ay, Juan! Ya veo que sabe usted este cuento mejor que mi madre y yo.

—¿Con que tu madre sabe ese cuento?

—Sí.

—¿Y fué ella quien te contó ese y otros parecidos?

—Sí.

—No me contestes ya á la pregunta que antes te hice, pues ya sé que tu madre es más roma de entendimiento que de nariz.

La era en que Juan y su jornalero Santiago se hallaban, está al lado del camino de Algete.

Guando Santiago dirigía la vista, lleno de terror, hacia el mismo camino, vió asomarse por el un bulto que se movía lentamente en dirección á Coveña.

Entonces subió de punto el terror de Santiago, que se acercó á Juan, como buscando su protección.

—¿Qué te pasa, hombre?—le preguntó Juan.

—¿Yo usted aquello que viene por allí?

—¡Vaya si lo veo! Si la vista no me engaña es la mujer de Algete, que, cansada de estar en el camposanto, ha salido á estirar un poco las piernas.

—¡Señor Juan, no tenga usted esas*gromas*, canario!

Y Santiago se arrimaba, se arrimaba, cada vea más á Juan.

El bulto se acercaba á la era; pero como iba obscureciendo ya, no se distinguía si era racional ó irracional.

Pronto desaparecieron las dudas, y á Santiago le volvió el alma al cuerpo, porque inmediatamente se oyó la temblorosa y cascada voz de la tía Gaceta que decía:

—Buenas noches os dé Dios.

—Buenas las hacía, tía Gaceta—contestó Juan con despego.

—¡Canario, tía. Gaceta, qué susto me ha dado usted!—dijo Santiago.

—¡Qué! ¿Me habías tomado por la fantasma que te salió la otra noche tras de casa de Pepe Berrinche?

—¿Y quién le ha dicho á usted, tía bruja, que me salió allí la fantasma?

—Las brujas lo sabemos todo.

—Pues entonces, ya podía usted decirme que me quería la fantasma.

—La fantasma no te quería á tí, que quería á cierta *rosa* que trepa á la tapia del jardín de los Berrinches.

—¡Canario, no diga usted eso, tía Gaceta!...

—Hijo, tú me preguntas y yo te respondo; pero ya que te incomodas, hablemos de otra cosa, que en este mundo el que más ignora menos llora.

—Pero, diga usted, ¿la fantasma buscará *rosas* y encontrará espinas?

—Es verdad que en los rosales no hay rosa sin espinas, pero tampoco hay espinas sin *rosas*.

—¡Miente usted como una bribona!—exclamó Juan interrumpiendo indignado á la tía Gaceta, á pesar de su habitual longanimidad, por la propensión de la vieja á meter el cisma en todas partes.—En los rosales hay á veces espinas sin haber rosas.

—¡Adiós! ¡Ya saltastes tú!

—Salto porque es una iniquidad el que usted que está con un pie en la sepultura, en lugar de pasar el tiempo encomendándose á Dios, le pase metiendo guerra entre los que viven en paz.

—Quiero abrirle los ojos al muchacho para que no salga un tonto como tú, que por todo pasas; y si tu mujer te dice...

—¡Tía Gaceta, no tome usted en boca á mi mujer, porque salimos mal...

—Bueno, hijo, bueno, no la tomaré; y si te salvas comulgando con ruedas de molino, buen provecho te haga...

—¡Calle, usted, lenguado víbora!

—Ya me callo, hombre, ya me callo... Hijo, con este bochorno vengo ahogadita de sed. Si tuvierais por ahí una pin tita de vino...

—Cerca está la fuente.

—No me atrevo á beber agua, que puede hacerme daño.

—Pues beba usted rejalgar de lo fino.

—¡Calla, mala lengua!

—¡Quién habló que la casa honró!

—Juan, respeta á los ancianos...

—Usted no es anciana; es vieja, que es cosa muy distinta.

—No desprecies las canas...

—Las de usted no son canas; son pelo, que es cosa muy diferente.

—Vamos, no pongas mala cara, ya que Dios te ha dado buen corazón. Si tenéis por ahí la bota, dame una pintita de vino, que me voy á acostar, porque vengo rendidita.

Juan tomó una bota que estaba bajo una espuerta á un extremo de la era.

—Tome usted, á ver si revienta, que al fin y al cabo siempre se ha de salir usted con la suya—dijo alargando á la vieja la bota.

La tía Gaceta no acertaba á quitarse la bota de la boca.

—¡Caramba, suelte usted—dijo Juan quitándosela—que se queda usted dormida como un niño con la teta!

—Vaya usted con Dios, y la del humo.

Hacia la fuente se oyeron pisadas de caballerías, y poco después un «¡Sóo, caráspita!», en el que Juan y Santiago conocieron al tío Jeromo.

—Tío Jeromo, ¿es usted?—preguntó Juan.

—¡Hola, Juan y la compañía! Buenas noches

—¿Viene usted ahora de Madrid?

—Sí, y voy á dar de beber á las caballerías, porque venían sudando al pasar el Jarama, y no las he dejado beber allí.

—Bien hecho.

La tía Gaceta, que, se acercaba á la fuente, metió baza en la conversación.

—Tío Jeromo, guarda la bolsa y habla á la gante.

—¡Qué! ¿Andan brujas por aquí?

—Sí, brujas y duendes que todo lo saben, y á posar de eso tienen que hacerte una preguntilla. Has llevado trigo á Madrid, ¿no es verdad?

—Sí que lo os; pero ¿á usted qué le importa?

—El que pregunta no yerra. ¿A cómo has vendido el trigo, á 40 ó á 42?

—¡Tía Gaceta—exclamó el tío Jeromo poniéndose de reponte hecho una furia—no me tiente usted la paciencia, que voy á hacer el mejor día un disparate!

—Pero ¿no ves, Juan—dijo la tía Gaceta volviéndose hacia los de la era—qué genio tienen todos los de *ca* los Berrinches? Parece que le he llamado perro judío porque le he preguntado si ha vendido el trigo á 40 ó á 42.

—¡Tía Gaceta, que me voy á perder!...—gritó el tío Jeromo, cada vez mas furioso.

—Vamos, vamos, tío Jeromo—dijo Juan en tono conciliador,—no sea usted así, que no os para enfadarse el que la tía Gaceta le pregunte si ha vendido el trigo á 40 ó á 42...

—Juan, ¿tú también te quieres divertir conmigo?—exclamó el tío Jeromo balbuciente de cólera.

—¡Canario!—dijo Santiago—Si viene usted de mal humor de Madrid, pegue con una esquina y no con los que le preguntan si ha vendido el trigo á 40 ó á 42...

Al oir esto, ya la cólera del tío Jeromo no tuvo límites, y se exhaló en un torrente de denuestos contra el pobre Santiago, que, como Juan, no sabía á qué atribuir el mal efecto que aquella inocente pregunta causaba en el tío Jeromo.

Este abandonó la fuente desahogando su rabia en las pobres caballerías, y poniendo á Santiago y á Juan de brutos é insolentes que no había por donde cogerlos, y á la tía Gaceta de bruja y bribona y borracha, que no había por donde echarla mano.

Juan y Santiago estaban ya echando cálculos sobre la tardanza de la Mariquita en volver con la cena, cuando la Mariquita apareció trayendo en un brazo la niña, y en el otro una cesta de asa, de la cual se exhalaba un olorcillo capaz de resucitar á un muerto.

—Anda, anda, mujer—dijo Juan,—que tenemos ya las tripas como cañón de órgano

—Calla, hombre—contestó la Mariquita,—que vengo dada á Belcebú, ¡Dios me perdone!

—¿Pues que te ha pasado?

—¡Qué me ha de pasar! Que dejé á medio día en el Tasar, partidas y todo, una docena de magras tan ricas para freirlas con tomate, y el Morroño se las ha merendado todas. ¡Vamos si me va á quitar á mí la vida ese animal! El mejor día le mato.

—Verás qué estofado tan rico hacemos mañana con él.

—¡Sí, por supuesto!

—De esta no se escapa.

—¡Ay, mi gato! ¡No me da la gana!

—Que no sea ladrón.

—¡Toma! El animalito de Dios, ¿qué ha de hacer, si es gato?..El nombre lo dice.

—Tienes razón. Quien tiene la culpa de que el gato se haya manducado las magras, no es el gato, que eres tú, que las dejastes en el vasar.

—Justamente. Ríñeme, que muy bien lo merezco.

—¿Y con reñirte volverán las magras al vasar? Mira, en lugar de reñir, veamos de olvidarlas entreteniéndonos, en paz y gracia de Dios, con sus sustitutas.

—No son, sustitutos, que son sustitutos.

—¡Hola, hola! ¿Huevos con tomate? Bien venidos sean. Santiago, ¿qué

dices tú de esto?

—¡Qué he de decir! Que ahora que se habla de huevos, me acuerdo de un lance que pasó un día

que estaba yo trabajando á jornal en la huerta de Pepe Berrinche.

—Ea—cuéntale mientras damos fin al contenido de esta fuente y vemos si la tía Gaceta no nos dejó pez con pez la bota.

Mientras Juan va por la bota, la Mariquita aparta dos cucharadas en una taza y guarda la taza en la cesta.

—Ea—dice Juan alargando la bota á su mujer que á su vez se la alarga á Santiago y éste á Juan,—preparémonos con un buen latigazo. ¿Qué es lo que hubo en casa de Pepe Berrinche? Siempre Soria alguna pelotera de las que son el pan nuestro de cada día en aquella casa.

—Cabalmente.

—¡Válgame Dios!—exclama la Mariquita.—¡Que Pepe y su mujer no han de estar en paz un solo día, cuando podían vivir en la gloria, siendo como son ricos, siendo como son buenos y queriéndose como se quieren!

—¡Canario! Eso es lo que dice la Rosa y digo yo y dice todo el mundo.

—¿No sabéis en qué consiste eso? Consiste en que el hombre equivoca la media naranja cuando busca mujer. ¿No sabéis vosotros el cuento de las medias naranjas?

—Yo no—contesta Santiago.

—Ni yo tampoco—añade la Mariquita.

—Pues os le voy á contar.

«Viendo el diablo que Adán y Eva no tenían un quítame allá esas pajas, porque como no había taberna, Adán no se gastaba los cuartos emborrachándose, y como la moda era andar en cueros, Eva no gastaba el jornal de su marido en vestidos y perifollos, dijo para sí:

—Las tabernas y las modas sabe Dios cuándo se inventarán. Estos

tendrán hijos, y si sus hijos y sus nietos y sus tataranietos salen tan avenidos, como ellos, ¡estoy aviado como hay Dios!

El diablo se pasó aquella noche cavila que cavila, y á la mañana siguiente, apenas Dios, amaneció, trás, tras á la puerta de Adán y Eva, que estaban aún en la cama.

—¿Qué se le ofrece á usted tan temprano, vecino?—le contestó Adán.

—Hombre—contestó el diablo,—he encontrado en dos naranjos dos naranjas hermosísimas, y como yo siempre me acuerdo de ustedes, traigo para usted la mitad de una que era de las del Moro, y para su parienta de usted la mitad de la otra, que era de las de la China. Con que ahí tienen ustedes para postre cuando almuercen. Verán ustedes qué ricas están con un polvíto de azúcar.

—Muchas, gracias, vecino.

—Vecino, no hay de qué darlas.

Adán se volvió á la cama con su mujer, dejando en el comedor las medias naranjas, y el diablo se fué á trabajar en la invención de la baraja, que era el gran proyecto que entonces traía entre manos. Poco después se levantaron Adán y Eva y se pusieron á almorzar. Cuando ya se iba á levantar la mesa.

—¡Caramba!—dice Adán.—Que tenemos aquí postro y no me acordaba.

Y coloca sobre la mesa las dos medias naranjas; pero eran, tan parecidas, que Adán por coger La del Moro, que era la suya, cogió y se zampó la de la China, que era la de su mujer, y desde entonces él y su mujer armaron cada día una pelotera, y sus hijos salieron tan propensos á equivocar su media naranja, que de cada cien no hay diez que no la equivoquen»:

—Pues por lo visto también la equivocó Pepe Berrinche—dice Santiago.

—Y yo acerté con ella—añade Juan mirando amorosamente á su mujer.

—¡Canario! ¿Si querrá Dios que yo haya acertado con la mía? Eso que la tía Gaceta ha dicho de la fantasma me ha dado un poquillo en que cavilar.

—No hagas caso de las habladurías de la tía Gaceta, y cuenta lo que pasó

en casa de Pepe Berrinche.

—Pues lo que pasó fué lo que ustedes van á oir. Debajo de la escalera de la huerta está colgado un cesto para ponedero de las gallinas. Cuando íbamos á comer, oímos á una gallina cantar el «Ahí queda eso», que, según dice el tío Jeromo, eso *significa* lo que cantan las gallinas así que sueltan el lluevo. Pues señor, baja Pepe al ponedero y sube con un huevo de dos yemas, que, salva la parte, era como mi puño. «Vean ustedes, dice, qué huevo ha puesto la gallina blanca». «No, que le ha puesto la negra», dice la señora Isabel. «¡Si he visto yo saltar del ponedero á la blanca!», replica Pepe. «¡Si he visto yo saltar á la negra!» «Pues te has equivocado.» «Pues el que se ha equivocado eres tú».—Que si era la negra, que si era la blanca, van enzarzándose, enzarzándose de palabra el señor Pepe y la señora Isabel: el tío Jeromo, queriendo meter paz, coge ni señor Pepe del brazo para obligarlo á sentarse á la mesa; al señor Pepe se le atufan las narices y pegando un puntapié á la mesa. Lo hace todo pedazos; á la señora Isabel la da un patatús; la Rosa y el tío Jeromo lloran; hay que llamar al cirujano, y en estas y las otras nadie comió aquel día en la casa...

—¡Válgame Dios qué vida!

—Pues aguarde usted, tía Mariquita que *en toudavia* falta lo mejor del cuento. Así que la señora Isabel se sosegó un poco, la Rosa, que había visto, como su ama, salir del ponedero á la gallina negra bajó al ponedero y se encontró entre la paja otro huevo casi caliento, que por lo visto había escondido la gallina blanca al escarbar para poner el suyo. De modo y manera que el señor Pepe y la señora Isabel tenían razón en cuanto á las gallinas.

—Pero ni la señora Isabel ni el señor Pepe la tenían en cuanto á la disputa.

—Justo y cabal.

—Pues oyó: tú y la Rosa, que os váis á casar pronto: y habéis visto esas peloteras y otras por el estilo, no debéis echar en saco roto lo que habéis visto.

—¡Canario! ¡Ya se ve que no lo echaremos!

Pepe y su mujer y Santiago han dado fin al contenido de la fuente y al de

la bota.

—Ea, yo me voy á acostar á mi niña—dice Mariquita recogiendo los bártulos.

—¿Qué es eso?—le pregunta Juan reparando en lo que habia apartado en la taza.

—Es para mi pobre gato, que como estaba tan enfadada con él, no lo dí nada cuando hice la cena

—contesta Mariquita.

—Veneno lo daría yo.

—¡Anda, judío!..¿Con que se queda Santiago guardando la era?

—Sí.

—Pues entonces, —vámonos nosotros, que ya es tarde.

—Anda, vete para allá, que yo voy en cuanto echemos un cigarro.

Juan y Santiago se sientan á fumar sobre el montón del trigo sucio.

—A ver sí prendéis fuego al trigo, enemigos malos. ¡Mal haya, el tabacazo!

—Anda, gruñona, que ya te entiendo; tú quisieras llevarme siempre prendido á la falda.

La Mariquita se aleja de la era, y Juan y Santiago continúan sobre el montón de trigo chupando cigarros de papel del tamaño de un alfiletero.

—Señor Juan, ¿sabe usted lo que digo?

—¿Qué?

—Que cuando voy por casa del señor Pepe Berrincho se me quitan las *enticione*de casarme, y cuando voy por la de usted me vuelven de firme. ¿Qué me aconseja, usted?

—Que te cases.

—¿Y si he equivocado la media naranja?

—Que te contentes con la que has escogido, porque los hombres de bien no deben escoger dos veces. Las naranjas agrias, agrias son siempre, pero el que no os lerdo siempre encuentra medio de hacerlas pasaderas.

VI

Apenas se despidió Juan Cachaza de Santiago, este sintió pisadas hacia el camino de Algete; pero como la luna no hubiese salido aún, en vano trató Santiago de averiguar quién se acercaba dando trompicones á causa de la obscuridad. Sin embargo, su incertidumbre duró muy poco.

Cuando nos vemos asaltados de un pensamiento importuno, solemos instintiva y maquinalmente ponernos á hablar ó á cantar para ahuyentar aquel pensamiento. Santiago se puso á cantar para ahuyentar el miedo que le causaba el ruido de las pisadas que se iban acercando.

—Buenas noches, Santiago.

—Buenas noches tío Piqueta. ¿De dónde se viene por ahí tan tarde?

—Do Valderrabé.

En Valdorrabé hay, como hemos dicho, una ermita á cuyo amparo está el cementerio de Algete, cementerio que llamaríamos hermoso si no nos costara trabajo aplicar tal adjetivo á una cosa tan esencialmente triste como lo son los camposantos, por alegres que sean.

Sólo el nombre de Valderrabé hacía siempre estremecer á Santiago, porque le recordaba el lastimero grito de aquella mujer de Algete que en vano llamaba á sus hijos para que, visitando su sepultura, la librasen de las penas del purgatorio. Así fué que todos sus temores se renovaron al oir al tío Piqueta, que era el padre de su novia y de oficio albañil, decir que venía de Valderrabé.

—¿Y qué se ha echo usted por allí?

—Hombre, allí hemos estado haciendo unos remiendillos en las sepulturas, que los de Algete se han empeñado en que su camposanto eche la pata á los de Madrid, y me parece que se van á salir con la suya.

—¡Canario! ¿Con que tan bueno es?

—Da gusto entraren él. Mañana voy á rematar la obra y si quieres llegarte por allá verás una cosa de gusto.

—Que aprovecho como si fuera leche, tío Piqueta.

—¡Qué! ¿Tienes miedo á los muertos?

—¡Qué canario! ¿por qué no he de decir la verdad? Sí que le tengo.

—Pues si yo te contara lo que me ha pasado esta noche...

—¿Qué ha sido? ¡Canario, venga usted acá y me lo contará mientras echamos un cigarro!

El tío Piqueta se llegó á la era, y él y Santiago se sentaron á fumar sobre el montón de trigo.

—Pues has de saber—dijo el albañil—que en el camposanto de Valderrabé hay muchas cosas buenas.

—Para el que le gusten.

—Y para todo el mundo, que lo bueno siempre os bueno. Allí está enterrado un cura de Algete que le llamaban D. Pedro López Adán, y tiene en la lápida un versa que mejor no le sacan los poetas de Madrid. EL mismo difunto lo sacó.

—¡Canario! ¡Qué miedo! ¿Después de muerto?

—No, hombre.

—Pues entonces no le sacó el difunto. ¿Cómo dice?

—Déjate, á ver si me acuerdo... Dice:

COMO TÚ TE VES ME VÍ,
COMO ME VES TE VERÁS:
NO OFENDAS Á DIOS, QUE ESTÁS
MUY CERCA DE ESTAR AQUÍ.

La cita de este epitafio, que existe aún en el cementerio de Valderrabé, que debe ser de algún discípulo de Góngora, y que realmente asusta por

la tremenda verdad que encierra, infundió á Santiago tanto miedo como el recuerdo de la consabida alma en pena.

—¿Sabe usted, tío Piqueta, que oyendo eso le tiemblan á uno las carnes?

—¿Pues qué te sucedería si hubieras visto lo que yo esta noche?

—Vamos, diga usted que ha sido.

—Esta tarde estuvieron allí unos señoritos de Algete, que venían de una merendona, y se pusieron á chancearse con unas calaveras amontonadas en un rincón del camposanto.

—¡Canario! ¡Qué judiada!

—No tenían ellos toda la culpa.

—¿Pues quién la tenía?

—Un morenillo de Valdepeñas que iba con ellos. «¿Si será ésta, dice uno, la calavera del lío Chupa-cepas, que cuando no tenía vino bebía agua de sarmientos?» «Si lo os, respondo otro, veréis cómo en cuanto le enseñemos la bota desde la puerta se va tras de nosotros á la querencia,»—Yo, la verdad, estaba un poco asustado oyéndolos, porque no me gustan bromas con los muertos. ¿Pues qué creerás tú que hicieron aquellos herejes? Cuando se marchaban empezaron á enseñar á la calavera una bota de vino desde la puerta, gritando: «¡Tío Chupacepas, venga usted á echar un trago, que este no es agua de sarmiento en *enfusión!*» A mí se me erizaban los pelos oyendo á aquellos sacrílegos, y figúrate tú cómo me quedaría cuando de repente veo que se muevo un poco una calavera.

—¡Jesús, qué miedo!—exclamó Santiago acercándose más al tío Piqueta.

—Los de Algete se marcharon y yo contínue mi trabajo, diciendo: «Qué canasto, la *movición* de la calavera debe haber sido aprensión mía.» Llegó la noche, y como ya me faltaba luz para trabajar, recogí la herramienta y me salí del camposanto para venirme hacia acá; pero cátate tú que cuando estaba cerrando la verja, oigo ruido dentro como de una cosa que rodaba, miro..¡y veo que la calavera Viene rodando hacia la puerta!..

—¡Dios nos ampare!—exclama Santiago casi abrazando á su futuro

suegro y poseído de indescriptible terror.—¿Y qué hizo usted entonces?.

—¿Qué hice? Tomar más que á paso camino da Coveña.

—¿Y no lo ha pasado á usted nada en el camino?

—Al subir la cuestecilla del arroyo sentí rodar por el suelo de una cosa que sonaba como la calavera.

—¡Toma! Y sería olla.

—Eso pensé yo entonces y cogí un susto de los buenos; pero al llegar al pie del cerro del Castillo eché de menos en la espuerta el puchero de la comida, y me convencí de que se me había caído al subir la cuesta del arroyo, y de que él era lo que sonaba rodando como la calavera de marras.

—Pues á mí me da un *ensulto* si me pasa lo que á usted.

—Hombre, el caso no era para tanto.

—¡Canario! ¡Pues ahí es poco andar sola una calavera!.

—Cosa que asombra es; pero tal voz no habrá milagro en ello.

—¡Pues no le ha de haber!

—Hombre, muchas cosas parecen milagro y no lo son.

—¿Cuáles?

—Una de ellas el que te quiera mi hija siendo tan cobardote.

—Pues no le sabe muy bien que lo sea.

—Y hace muy bien.

—Pero ¡canario! ¿tiene uno la culpa, *verbo y gracia*, de que haya fantasmas tras de la huerta de los Berrinches?

—¿Y qué fantasmas hay allí?

—¡Toma! Una que me salió el martes á las diez, de la noche.

—¿La viste tú?

—No señor, que hacía muy obscuro, pero la sentí correr tras de mí.

—Pues esa noche pasé yo por allí á la hora que dices, cuando venía de trabajar de Paracuellos, y sintiendo que andaba junto á la tapia mi burro, le corrí hasta el otro lado del arroyo para que no entrara á hacer daño en la huerta por el pedazo de tapia medio caída.

—¡Calla!..¿Dice usted que sintió á su burro?

—Si.

—¡Canario! ¡Pues si allí no había entonces ninguno más que yo!

—Pues serías tú el que sentí.

—Y la fantasma, me corrió hasta el otro lado del arroyo.

—Pues la fantasma era yo, y el burro tú.

—De juro.

—Ea, con que buenas noches, que me voy á acostar á ver si madrugo para volver temprano al camposanto de Valderrabé á concluir aquellos remiendillos.

—Yo que usted, como no volviera en andas...

—¡Anda, cobarde! Buenas noches.

—*Diquiá* mañana.

—Cuidado no baje por ahí rodando la calavera.

—¡Canario, tío Piqueta, que no gasto usted chanzas pesadas!

El tío Piqueta baja al pueblo, y Santiago queda en la era pensando en el epitafio del cura de Algete y en la calavera del tío Chupacepas.

Un airecillo se ha levantado poco á poco, y cada vez que á su impulso rueda un cardo seco hacia el camino de Algete, el pobre Santiago cree oír rodar la calavera y tiembla como un azocado y pierde el aliento y apenas

tiene fuerzas más que para santiguarse é invocar en su ayuda al Santo Cristo del Amparo, patrón de Coveña.

El viento sopla cada vez más fuerte y silba en las ventanas de la ermita de San Roque, que está al pie del corro del castillo, aumentando el terror del pobre Santiago, á quien parece aquel silbido el ¡ay! de la mujer condenada al purgatorio por contar á sus hijos embustes de muertos y aparecidos.

Santiago no se atrevo ya á pasar la noche en la ora entregado á aquel terror y aquel sobresalto continuo; pero tampoco se atreve á irse á su casa, porque pueden limpiar el trigo que Juan ha dejado sucio, y en tal caso á nadie más que á él echará Juan la culpa.

Después de profundas cavilaciones, encuentra un medio que concilia su obligación de guardar la era y su necesidad de calmar el sobresalto en que se halla su espíritu.

Este medio consiste lisa y llanamente en pasar la noche en compañía del guarda de otra era, propia de Pepe Berrinche no muy distante, volando desde allí por la seguridad de la que lo está encomendada.

Tan pronto como lo ocurre esta idea, la pone en práctica; la era de Juan Cachaza, queda enteramente sola, y Santiago se contenta con aplicar de cuando en cuando el oído hacia ella desde la de Pepe Berrinche.

El viento continúa soplando cada vez más recio.

Santiago y el guarda de Pope Berrinche notan á favor de la luna, que comienza á aparecer, una especie de humo que se extiendo por toda la parte de las eras.

—Será, niebla, porque la noche ha refrescado—dice Santiago.

—La niebla no huele á paja quemada—replica su compañero.

—Vendrá el humo de la tahona de Coveña.

—En la tahona queman retama y tomillo y no paja.

Y cuando ambos guardas estaban aún en qué será, qué no será eso humo, una gran hoguera ilumina de repente todas las afueras altas de Coveña.

Santiago lanza un grito de terror al ver que el fuego es en la era de Juan Cachaza, adonde se dirigen á escape él y su compañero.

El montón de trigo que constituye toda la cosecha del pobre Juan Cachaza es presa del fuego, que avivado por el viento, envuelve ya toda la hacina.

En vano Santiago y el guarda de la era de Pepe Berrinche se esfuerzan por dominarle. Chamuscados y faltos de toda esperanza 011 sus propias fuerzas dan la voz de:

—¡Vecinos! ¡Fuego! ¡fuego!

inmediatamente cesa el profundo silencio que reinaba en la población, reemplazándolo ayes lastimaros, golpes á las puertas, ruido de puertas y ventanas, y por último, el lúgubre toque de fuego.

Todos los vecinos de Coveña y el primero de todos Pepe Berrinche, acuden al sitio del siniestro; pero ¡ay! inútilmente, porque el fuego ha consumido toda la cosecha del pobre Juan Cachaza.

Juan, cuando ya nada le queda en la era con que consolarse más que la compasión y las simpatías de sus vecinos, piensa, para consolarse, en su mujer y su hija, y se encamina á su hogar ya más pobre y triste que nunca, y al llegar á la fuente encuentra á su mujer, que con la niña en brazos ya llorando sin consuelo, porque ya le han dicho que se ha consumado su desgracia.

Juan, que apenas sabe leer, no ha aprendido en los libros santos ni en los profanos los deberes del hombre; pero por una divina intuición que en los rústicos de espíritu levantado suplo á la sabiduría que se adquiere en los libros, sabe que Job debe ser imitado por los hombres, como debe serlo por las mujeres la mujer fuerte del Evangelio.

Y al ver llorar á la compañera de sus tristezas y de sus alegrías, la estrecha en sus brazos, no bañándola con sus lágrimas, sino fortaleciéndola con su sonrisa, y le dice:

—No llores, no, que si es Dios justo cuando nos da las mieses, no puedo menos de serlo también cuando nos las quita. Con los ojos ciegos de lágrimas y la frente abatida por la tristeza, no se busca el bien, que se busca con los ojos enjutos y la frente levantada. Fuerza tengo en los

brazos y voluntad en el alma. ¿Te parece á tí que con estas dos cosas no se encuentra en España lo que para vivir necesitan los pobres? Echa muy enhoramala el llanto, que con ese montón de ceniza que queda en la era abonaremos las tierras, y verás cómo el año que viene nos la Dios doble cosecha que hogaño.¿Sabes tú la copia que cantaba mi difunto padre? Pues si na la sabes, te la voy á decir:

El rico está siempre triste
y el pobre está siempre alegre.
porque uno ser rico espera
y el otro ser pobre tome.

—Tiene razón Juan—dijeron Pepe Berrinche y otros vecinos que estaban presentes.

Y Mariquita, enjugando las lágrimas del dolor para dar salida á las del amor y la alegría, alzó los ojos al cielo, exclamando:

—¡Bendito seas, Señor, que has colocado en mi casa la dicha al lado de la pobreza!

No sé qué amargo sentimiento se agitó en el corazón de Pepe, pues el rostro de éste se entristeció, y á sus ojos asomó una lágrima.

Aquella lágrima y aquella tristeza desaparecieron muy pronto, pues Pepe, al separarse de sus vecinos, frente á su casa, y por consiguiente frente á la de Juan, dijo á éste y á la Mariquita en tono alegro y cariñoso:

—Ea, á dormir y no penséis en el trigo, que, como ha dicho Juan, Dios os dará cosecha doble el año que viene.

—¡Ay, sí!—contestó la Mariquita—Pero entro tanto.

—Entre tanto, le interrumpió Pepe—en mi era hay dos montones, cada uno tan grande como el que se ha quemado en la vuestra, y uno de ellos vendrá mañana, á vuestra panera, que la gracia de Dios se ha de partir.

—¡Gracias, gracias, señor Pepe!—exclamaron Juan y su mujer casi llorando de alegría y agradecimiento.

Pero Pepe se apresuró á meterse en su casa recomendándoles que dejaran no sé qué para las mas de los curas.

VII

Cuando Pepe entró en su casa, el tío Jeromo salió á recibirle al alto de la escalera.

—¡Caráspita! Me alegro que vengas—dijo el viejo—porque ya no podía con la fiera de tu mujer.

—¡Adiós con la colorada! ¿Ya andan ustedes de pelea? ¿No le tengo á usted dicho, tío Jeromo, que no dispute con la Isabel? Es usted lo más...

—Soy lo más borrico que come pan en darme malos ratos por vosotros, en Vez de decir: «¡A ver cómo no se descuernan!» ¡Ah! ¡Si levantara la cabeza el pobrecito que como tierra!...

—¡Adiós! ¡Ya salió aquello! Pero hombre, ¿que os lo que ha pasado?

—¡Que ha de pasar! Que tu mujer dale que ha de ir á la era de Juan Cachaza, estando, como quien dice, con un pie en la sepultura del berrinche de ayer. Y porque yo no se lo he permitido, se ha puesto conmigo como un toro, y ha habido aquí la de Dios es Cristo; de modo que si no vienes tan pronto, lo digo: «¡A ver cómo no te lleva pateta!», y la dejo ir. ¡Mira tú qué falta haría ella en el fuego! La que los perros en misa.

—Ha hecho usted bien en no dejarla ir, porque en tales casos las mujeres sólo sirven de estorbo, y estando tan delicada, le hubiera costado cara la imprudencia; pero ¡por Dios, tío Jeromo, no la exaspere usted!

—¡Amigo, muchas gracias! ¡Con que tras de cornudo apaleado!..La culpa me tengo yo no...

—Pero, hombre, escuche usted...

—¡Ingratos!

—¡Tío Jeromo por María Santísima, no me saque usted de mis casillas!

—De tu casaza me sacarán á mí pronto para llevarme al camposanto con la vida que me dáis.

Pero hace heroicos esfuerzos para contener su, enojo.

—Pero, tío Jeromo, escúcheme usted...

—¡Sí, sí contémplalo un poco, lávalo la cara, dalo las gracias por el buen rato que ha dado á tu mujer!—exclama desde la cama la señora Isabel en tono capaz de hacer perder la paciencia al mismo Juan Cachaza.

Y al verse Pepe abrumado de reconvenciones por uno y otro lado; al ver que allí todo el mundo había y nadie se entiende, pierde los estribos y une sus gritos y sus apostrofes á los de su mujer y el tío Jeromo, y rabia y patea y llora y maldice su suerte y se tumba en la cama en la alcoba del gabinete opuesto al que ocupa su mujer.

Por fin todo queda en silencio.

Pasa una hora y otra y otra, y los criados dan cabezadas y roncan, este sentado por aquí, y el otro tumbado por allá, esperando que sus amos salgan á cenar.

Por fin Rosa se decido á entrar á preguntar á sus amos si se los ofrece algo y recibo un sofión de su ama, que está odiada sobre la cama sin desnudarse. Segura de hallar la misma acogida en su amo, pasa al gabinete opuesto y ve á Pepe también tumbado sobro la cama.

—¿Quiero usted algo?—lo pregunta.

Pero su amo no respondo.

Se acerca á la cama y repito la pregunta; pero la repito inútilmente.

Acerca la luz á la cara de su amo, y al ver á éste encendido como la grana, respirando con dificultad y inmóvil, grita:

—¡Ay, Dios mío, que á mi amo lo ha dado algo! Oir, así la Isabel como el tío Jeromo y los demás criados, estas palabras y precipitarse al gabinete, todo es uno.

—¡Pepe, Pepe de mi alma!—exclama Isabel prorrumpiendo en llanto y

procurando despertar á su marido.

Pero ésto continúa inmóvil y como insensible á cuanto pasa á su alrededor.

—¡Mira Isabel!—grita desesperado el tío Jeromo—mátame, haz que me arrojen por ose balcón, haz que me echen á un presidio, que yo tongo la culpa de todo, que yo he matado al pobre de tu marido!

Y acercando los labios al oído de su amo, continúa:

—¡Pepe, Pepe, vuelve en tí y perdóname!... ¡Ay Dios mío! ¡No me oye!... ¡Está muerto!... ¡Virgen de Valderrabé!... ¡Ay! Si el pobre señor Juan levantara la cabeza y viera que el tío Jeromo ha matado á su hijo...

Al mismo tiempo Isabel grita y besa á su marido y se echa á sí misma toda la culpa de aquella desgracia.

—¡Señora, por Dios!—le dice Rosa.—Tenga ustéd valor y sea lo que una mujer como Dios manda debe ser en estos casos.

—¡Sí, sí, tienes razón!—contesta Isabel haciendo un supremo esfuerzo de voluntad.—Id volando á llamar al cirujano.

Y mientras los criados cumplen la orden de su ama ésta exclama con toda la efusión de su alma;

—¡Santo Cristo del Amparo, sálvamele, sálvamele, que mi agradecimiento será eterno!

Y pone en juego todos los remedios caseros para procurar alivio á su marido.

El cirujano viene, y encontrando á Pepe con un ataque cerebral, lo hace una sangría, con lo cual consigue devolverlo el conocimiento y proporcionarle notable alivio.

—Hombre tenemos—dice el facultativo al retirarse.

Y entonces Isabel y el tío Jeromo lloran de alegría.

Al salir el sol vuelvo el cirujano, y viendo que continúa rápidamente el alivio, levanta la prohibicion absoluta de hablar al enfermo.

Isabel se sienta á la cabecera de la cama, en tanto que el tío Jeromo oyendo tocar á misa, va á oírla, á pesar de que es día de trabajo y no acostumbra á ir á misa más que los días de precepto.

—¡Pepe de mi alma, perdóname!

—Isabel, quien tiene necesidad de perdón soy yo. Dios, que os hizo á las mujeres débiles de cuerpo y alma, debe perdonaros las faltas y debilidades de carácter; pero no así á los hombres, que hemos sido puestos á vuestro lado para que os demos ejemplo de prudencia y de generosidad. Grande fué el que me ofreció anoche Juan, un hombre que carece de la educación que yo he recibido, y sin embargo no supo imitarle. Dios me castigó, y este castigo, que no ha sido tan cruel como el que yo merecía, será una lección que nunca olvidaré. El apodo que hasta aquí he oído con indiferencia, lo oiré con complacencia en lo sucesivo, porque servirá para recordarme mis faltas; pero no le mereceré en lo sucesivo. ¿Dónde está el tío Jeromo?

—Ha ido á misa.

—Es decir, á pedir á Dios por mí.

—Sin duda.

—¡Pobre tío Jeromo! ¡Desgracia tiene en servir á quien olvida que los ancianos merecen la indulgencia que nunca se niega á los niños!

—¡Si hubieras visto cuánto ha llorado y cuánto se ha desesperado creyéndose causa de tu mal!...

—Mira, Isabel, no hablemos más de nuestras disensiones. Evitémoslas de hoy en adelante, y al fin gozaremos la felicidad doméstica que envidiamos á los pobres que viven ahí enfrente.

—Pobres llamas á Juan y su mujer, y razón tienes para ello, porque por bien avenidos y trabajadores que sean, ¿cómo Tan á vivir después de haber perdido la cosecha?

—Dios no desampara á los pobres.

—Pues mira, yo he pedido al Santo Cristo del Amparo que te salvara,

ofreciéndole que mi agradecimiento sería eterno. ¿No te parece que el Señor agradecería el que reparásemos la desgracia del pobre Juan?

—Anoche me anticipó á tus deseos ofreciéndole la mitad del trigo que tenemos en la era.

Isabel inclina como avergonzada la frente sobre el pecho de su marido, exclamando con los ojos arrasados en lágrimas:

—¡Y yo, en vez de recibir con los brazos abiertos y bendiciones en los labios al que tan santa obra acababa de hacer, le recibí con denuestos y provocaciones!.

—¡Isabel, por Dios, te ruego que no volvamos á hablar de eso!

Isabel y Pepe no volvieron en efecto á hablar de aquéllo; hablaron de la felicidad que podía sonreirles, jóvenes aún, ricos, estimados de sus convecinos, y más que todo, amándose mutuamente, si no con el amor exaltado de la adolescencia, semejante á la cerveza que arroja estrepitosamente el tapón, que toda es espuma, y que se corrompe apenas se pone en contacto con el aíro, con el amor tranquilo de la edad viril, semejante al vino de Jerez, que, sin arrojar el tapón de la botella, ni escaparse de ésta, herviente y espumoso, da salud y alegría, y conserva con creces toda su fortaleza y su virtud á través de los, años y de los elementos corruptores que le rodean»

Mientras esto pasaba en casa de Pepe Berrinche, pasaban cosas muy diferentes en la plaza.

Bajo el toldo de estera que sombreaba la puerta de la tienda de la Buena moza, estaban ésta y su vecina la tía Claudia; la primera sentada en una silla, y la segunda de pie á su espalda peinándola.

—Como yo no me puedo mover de aquí por la mañana—decía la Celedonia—porque la *miaja* que una vende, lo vende á esa hora, no he podido llegarme á ver al podre señor Pepe; pero mi Pascualillo ha ido y le ha dicho la Rosa que está ya casi bueno.

—Hija, ¡qué dolor hubiera sido que, por una disputa sin fuste ni fundamento, se hubiera desgraciado un hombre de tan buen corazón como el señor Pepe, y hubiera quedado viuda una mujer tan de su casa y

tan amiga de hacer bien á las vecinas como la señora Isabel!

—¡Ya se ve que hubiera sido un dolor! Mira tú lo que me ha contado Santiago: que el señor Pepe lo ha regalado al pobre Juan Cachaza un montón de trigo, mayor aún que el que se quemó anoche.

—¡Bien haya su alma, y Dios lo dé por tan buenas obras lo único que necesita, que es un hijo, para que haya paz en su casa!

Santiago el de la Roma aparece en escena.

—Dios guarde á ustedes.

—Y á tí también. ¿Vienes á echar la mañana?

—Lo que es hoy no la hago á usted gasto, *seña* Celedonia, que la *señá* Mariquita nos ha preparado un almuerzo de los buenos, y hemos almorzado hasta alcanzarlo con el dedo, así que hemos recogido el trigo que el señor Pepe Berrincho ha recalado al señor Juan Cachaza.

—Pero, hombre, ¿qué hiciste tú anoche para que se prendiera fuego en la era?

—¡Canario, yo no hice nada! Habíamos estado fumando sobre el montón de trigo el señor Juan y yo, y á la cuenta cayó una chispa, y así que arreció el aire, el fuego, que había estado escondido, dijo allá voy.

—Si soy yo la tía Mariquita, os araño á tí y á su marido por haberos puesto á fumar allí.

—Pues la tía Mariquita ni siquiera lo ha mentado.

—Porque no lo sabrá.

—¡Pues no lo ha de saber, canario! Como que nos vió fumando sobro el trigo. Pero la tía Mariquita se parece á su marido, que, cuando el mal no tiene remedio, se deja de disputas, y perdona al que tiene la culpa del mal.

—¿Y qué traes tú por aquí?—pregunta la tía Claudia á Santiago.

—¡Qué he de traer! Venía á ver si había vuelto ya de Valderrabé el tío Piqueta.

—No ha vuelto aún; pero no tardará, que al ser de día ya había salido para allá.

El tío Piqueta aparece por la esquina con la espuerta de la herramienta al hombro.

—¡Calla!—dice Santiago.—En nombrando al ruín de Roma...

—El ruín serás tú—replica la señora Claudia algo amostazada.

—Es un decir.

—¡Hola, valiente... comedor!—dice el tío Piqueta, ciando con una mano en el hombro de Santiago y con la otra echando al suelo la espuerta.

—Buenos días, tío Piqueta.

—¡Vaya usted muy noramala, trasto, y ponga usted motes á la... ¡Tío Piqueta! Ya podías hablar con más respeto al que, como quien dice, es ya tu padre.

—Usted ha de perdonar, tía Claudia.

—¡Eh! Dejarse de disputas. Tío Piqueta me llaman, y á mucha honra, que es por que sé manejarla.

—Diga usted, tío Pi... digo maestro, ¿qué hay de bueno par Valderrabé, que por el aquél de saberlo venía?

—Pues lo vas á saber ahora mismo. Has de sabor que apenas entré esta mañana, entre dos luces, al camposanto, encontré la calavera del tío Chupacepas junto á la verja.

—¡Canario, qué miedo!

—Como el terreno está más bajo á la entrada que al otro extremo del camposanto, la calavera no había tenido fuerza para subir la cuestecilla, y se había quedado al pie de ella; pero así que yo entré dió un salto.

—¡Jesucristo, qué miedo!

—Miedo tenía seguramente, pues echó á correr, y en un abrir y cerrar de

ojos desapareció por la rendija de una sepultura.

—¡Canario, qué milagro! ¿La calavera?

—No, hombre; un ratoncillo que salió de ella.

—¡Calla! ¿Eso es decir que el ratón era el que la hacía rodar anoche?

—Justo y cabal.

—¡Canario! Bien decía usted, que no todo lo que parece milagro lo es.

—Allí verás tú.

Un nuevo personaje tenemos en escena. Es la tía Gaceta, que viene por la calle que desemboca en el olivar.

—Buenos días, hijos.

—Buenos días, tía Gaceta. ¿Cómo va?

—¿Cómo queréis que me vaya, probrecita de mí, cargada de años y necesidad? Mira, buena moza, sácame dos cuartitos de aguardiente, y con tu permiso voy d sentarme aquí un poco, que me estoy cayendo de débil.

La tía Gaceta se sienta en la silla de donde acababa de levantarse la Celedonia, y ésta le saca un vasito de aguardiente, que la vieja se bebe saboreándolo con indecible delicia.

—Tía Gaceta—dice Santiago,—¡que buena era usted para cura, canario!

—¿Por qué?

—Porque desocupa usted bien las vinajeras.

—¡Vaya una *comparanza*!—dice la Celedonia disgustada.

—Usted ha de perdonar, tía Celedonia, que no he dicho nada malo.

—Ni nada bueno.

—¡Canario! ¿A quién he ofendido yo?

—A mí.

—¿Tiene usted algo que ver con los curas?

—Lo tendré sino mañana ú otro día.

—¡Ah! ¡Ya caigo! ¿Lo dice usted porque Pascualillo va á estudiar para cura?

—Y tres más que lo digo.

—¡Sí, no va poco largo eso!

—¡Así tuviera la edad!

—Dirá usted los estudios.

—Los estudios pronto los hace, que ya le he comprado la gramática latina, y él, que tiene buena memoria, pronto la aprende de carretilla.

—¡Canario! Si yo supiera leer, me hacía también cura.

—¡Mira el zoquete ese!—exclama la tía Claudia.—¡Qué querencia le tendrá á su novia cuando dice eso!.

—¡Pero, canario, tía Claudia, si es un decir!

La gente comienza á salir de la iglesia, y Pascualillo, que ha ayudado á misa, viene á aumentar los interlocutores de la escena que vamos describiendo.

—Madre—dice—voy á ver sí me aprendo hoy cuatro hojas de la gramática.

—¡Bien, hijo, bien! ¿Cuántas te sabes ya?

—Lo menos la mitad.

—¿Ven ustedes cómo ya sabe la mitad del latín?—dice la Celedonia reventando de orgullo.

—En esto el tío Jeromo sale de la iglesia, donde ya no quedaba nadie más que él

—Pascualillo, hijo—dice la tía Gaceta—sube á la torre y repica las campanas, que hoy es gran día en Coveña.

—¿Por qué, tía Gaceta?

—Porque se ha convertido un judío.

—¿Qué judío?

—El tío Jeromo, que en día de trabajo ha ido á misa y sale el último de la iglesia.

—Tía Gaceta—dice el tío Jeromo con una mansedumbre poco común en él,—¡por Dios le ruego á usted que no sea provocativa!

—Tú por fuerza has cometido algún pecado gordo—continúa la tía Gaceta.—¡Ah! ¡Ya caigo!—añade.—Es que estuviste ayer á vender trigo de tus amos.

—Al tío Jeromo se le enciende de ira el rostro; pero las palabras de la vieja quedan sin contestación.

—¿A cómo dices que vendiste ayer el trigo?

—Vamos, tía Gaceta, no me tiento usted la paciencia contesta el tío Jeromo, dominando su enojo.

—¿Fue á 40 ó á 42?.

El tío Jeromo inclina tristemente la cabeza haciendo un gran esfuerzo para no incomodarse, y sin contestar se dirige á casa.

—¡Canario!—dice Santiago.—Sí que parece otro el tío Jeromo.

—Cabal que lo parece—asienten el tío Piqueta, y las mujeres.

—¡Toma!—dice Pascualillo.—Hoy no rabia ni echa pecados porque se ha confesado antes de misa

VIII

Era una hermosa noche de verano.

Todo yacía en silencio en Coveña, que acababa de darlas doce el reloj de la iglesia parroquial, y los moradores de la aldea dormían con la tranquilidad de alma y el bienestar de cuerpo con que Dios recompensa así que llega la noche á los que pasan el día noblemente ocupados en el trabajo

Sólo turban el silencio de la noche el ladrido de algún perro en el pueblo, el canto de las ranas en las charcas del arroyo, y en los campos circunvecinos eso infinito y vago concierto que alza en las noches de verano la gran orquesta en que sobrasa len las notas del grillo como en la orquesta de nuestros teatros las notas del clarinete.

—Sólo allá, muy lejos, en la carretera de Francia, que se descubro al Poniente de Coveña, se oía de vez en cuando la interjección de algún carretero, que no pensaba cuán sacrílego era profanar la solemne majestad de aquella noche serena y bendita con una torpe blasfemia que la brisa llevaba por la llanura.

En casa de Juan Cachaza ocurría algo notable.

Una lamparilla colocada sobre la mesita iluminaba débilmente la sala y más débilmente aún la alcoba.

Juan dormía vestido sobre un colchón tendido en la sala, y Mariquita sentada en la alcoba, á la cabecera de la cama, inclinaba con ansiedad el oído hacia la niña que estaba acostadita y respiraba de un modo irregular.

Los ojos de Mariquita estaban escaldados por las lágrimas y el insomnio, que hacía ya muchas noches que Mariquita velaba constantemente con los ojos preñados de lágrimas y el corazón de inquietud, á la cabecera del lecho en que dormía, ó más bien agonizaba su niña.

¡Señor! Un ángel duerme sonrosado y tranquilo en la estancia donde

escribo estas rústicas historias. Consérvale siempre á mi lado, que mi vida, cada voz más llena de tristeza y desaliento, necesita su sonrisa para no desmayar; pero si un día me le arrebatas, antes, Señor, arráncanos á mí y á la que le sostiene en su amoroso regazo este corazón consagrado por entero á amarte y á bendecirte, porque le has puesto á nuestro lado. Que pase de nosotros ose amargo cáliz, y en cambio seguiremos agotando, llenos de resignación y mansedumbre, cuantos te dignes ofrecernos, por muy amargos que sean.

Mariquita notó que la lamparilla se apagaba, y salió á la sala á renovar la mariposa.

Alzó los ojos á la Virgen de los Dolores y se le arrasaron en lágrimas.

¿En qué pensaba? ¿Qué pedía á la Virgen con los ojos medio cegados por el llanto, fijos en la santa imagen?

¡Ay! ¡Qué santa debe ser la madre, por muy culpable que la mujer sea, en el momento en que invoca á la Madre de Dios para que salve al inocente fruto de sus entrañas!

Mariquita se arrodilló ante la Madre de Dios, exclamando en voz baja para no despertar á su marido;

—¡Salvada Madre mía, á la hija de mi alma! Todas las penas y todos los dolores serán para mí llevaderos si el ángel hermoso que vino á alegrar mi vida sonríe á mi lado. Su alegría os mi alegría, su dolor es mi dolor, y si á todas horas no veo ese dulcísimo encanto de mi alma y de mis ojos, el mundo me parecerá triste y obscuro como una noche sin luna ni estrellas.

El llanto que la ahogaba impidió á la desconsolada madre seguir implorando más que en silencio, desde el fondo de su corazón, á la consoladora de los afligidos.

Los sollozos de Mariquita despertaron á Juan, que levantándose sobresaltado,preguntó á su mujer:

—¿Qué es eso, hija, qué es eso? ¿Está peor la niña?

—¡Ay, sí, me parece que está peor!—contestó Mariquita, volviendo á la alcoba á escuchar la anhelosa respiración y á tocar la ardorosa frente de la niña.

Juan tomó entre sus rudas y callosas manos las tiernas y delicadas de la enfermita, é hizo un gran esfuerzo para ahogar un doloroso suspiro que pugnaba por exhalarse de su pecho.

—Está peor, ¿no os verdad?—le pregunta Mariquita con ansia vivísima.

—No, hija; al contrario, está algo mejor. ¿A qué hora vino el cirujano?

—Vino al anochecer.

—¿Por qué no le dijiste que volviera antes de acostarse?

—Ya se lo dije, pero me contestó que iba á casa de Pepe, porque está la Isabel de parto, y no podía separarse de su lado hasta que saliese del paso, á no ser que la niña se pusiese peor, en cuyo caso podías pasar á avisarle. Juan, por Dios, avísale, si te parece, como á mí, que está peor la niña.

—La niña no está peor. No te aflijas, mujer, que los niños son la flor de la maravilla, cátala muerta, cátala viva: verás cómo el día del Santo Cristo diablea en la peana del Divino Señor, y el día de la Virgen corre por las praderas de Valderrabé.

Y al decir esto, Juan procuraba sonreir y recobrar su habitual carácter alegre y chancero.

—¡Dios nuestro Señor y la Virgen Santísima te oigan!—exclamó Mariquita llorando de gozo ante la esperanza que las palabras de su marido la infundían.

¡Ay! No sólo necesita la mujer para sostener su debilidad la fortaleza física del hombre, que, más aún que la fortaleza física, necesita la fortaleza moral.

Serafín hermoso, que duermes apaciblemente mientras tu padre se estremece pensando que un día puede presenciar y sentir en su pobre hogar lo que refiere del ajeno, con cuánta razón te cantará tu padre cuando comprendas sus cantares:

«Débil yedra, hija mía.
son las mujeres.

y los hombres son árbol
robusto y fuerte...
¡Ay de la yedra
que vive sin un árbol
que la sostenga!»

—Pues mira, ya que la niña está algo mejorcita, voy á pasar en un brinco á casa de Pepe á ver si Isabel se ha hecho dos.

—Sí, ve, y si Isabel no le necesita, haz por traerte al cirujano para que vea si mi niña está en efecto mejor.

—Pues allá voy.

Juan pasó pocos momentos después á casa de Pepe.

Este bajó á abrirle la puerta.

A la luz del candil que Pepe tenía en la mano, vió Juan que Pepe tenía los ojos arrasados en lágrimas.

—Señor Pepe, ¿qué ocurre?—preguntó Juan —asustado.

—¡Qué ha de ocurrir, hombre!—contestó Pepe derramando sobre el candil un lagrimón que le hizo churruchar, y alargando la mano para estrechar la de Juan.—Que ya no te tongo envidia; que ya tengo un galán para tu dama; que mi pobre Isabel ha parido un chico como un tornero.

—Que sea enhorabuena.

—Gracias, hombre, gracias.

—No me ha dado usted mal susto.

—¡Susto! ¿Por que, Juan?

—Porque al verle á usted con los ojos como un tomate, creí que había ocurrido alguna desgracia.

—Sí, Juan, te confieso sin avergonzarme que he llorado, que lloro como un chico al pensar que mi mujer se ha salvado, y que hay ya en mi casa una criatura, carne de mi carne y alma de mi alma..¡Juan—añadió Pepe,

bajando la voz y brillando la alegría entre las lágrimas que cegaban sus ojos,—me mataba la pena al ver que Dios no me daba hijos!

—¡Ah, pícaro, y cómo lo callaba usted, y hasta decía que no deseaba tenerlos, porque así estaban ustedes más libres de impertinencias y disgustos.

—Callaba y disimulaba por no contristar á mi mujer, y sospecho que mi mujer hacía lo mismo por no contristarme á mí. Hoy, á Dios gracias, ya tengo un hijo, que será el iris de paz en mi casa, donde las tormentas estallaban tan de continuo.

—¡Dios se lo bendiga á ustedes y lo libre del mal que aflige á mi hija!

—¡Qué! ¿Sigue mala tu chiquitina?

—Cada vez peor.

—¡Cómo estará la pobre de tu mujer!

—¡Y eso que no sabe todo lo mala que está su hija!

—¡Pobre Mariquita! Ea, sube, que arriba está el cirujano y te le podrás llevar hacía allá.

Pepe y Juan subieron, y poco después Juan regresaba á su casa con el cirujano.

Este examinó á la niña y guardó silencio.

—¿Cómo está la hija de mis entrañas?—le preguntó Mariquita con ansiedad.

—Sigue lo mismo—contestó el cirujano.

Mariquita, que había cobrado alguna esperanza con la afirmación de su marido de que la niña estaba algo mejor, se echó á llorar.

El cirujano procuró consolarla, y después de explicar lo que habían de dar á la niña, se retiró.

Juan salió á abrirle la puerta.

—¿Con que la encuentra usted peor?—preguntó al facultativo en voz baja para que su mujer no lo oyera.

—Sí, está muy mala, y me temo muchísimo que no pueda resistir la calentura que se le ha desarrollado.

El cirujano se alejó, y Juan, oyendo sollozar á su mujer, se apresuró á volver á su lado para animarla

—¡Ay, Juan de mi alma, que la niña se nos muere!—exclamó Mariquita.

—¡Qué se ha de morir la niña, tonta de capirote?—replicó Juan sonriendo.

—¡Ay! ¡Si Dios me la llevara no iría sola al camposanto, que iría su madre tras ella!

—Pues su madre haría un grandísimo disparate. El sentimiento por la muerte de los niños no debe ser como el sentimiento por la muerto de los mayores.

—¿Y por qué, Juan?.

—En primer lugar, porque los niños van á ver á Dios y los mayores suelen ir á ver á Pedro Botero; en segundo, porque los niños padecen y no sienten y los mayores sienten y padecen; y en tercero, por que los mayores son personas hechas y derechas, y los niños son la octava parte de una persona. Si hubiéramos perdido nosotros la cosecha cuando el trigo estaba recién nacido, ¿lo hubiéramos sentido tanto como lo sentimos cuando el trigo estaba, amontonado en la era?

—No.

—Pues aplica el cuento.

—No le puedo aplicar, porque si el trigo se nos; hubiera perdido cuando estaba recién nacido, aun que tardo, hubiera nacido otro.

—Pues aplica el cuento, repito.

Mariquita comprendió á su marido, y se sonrió á pesar de la angustia que oprimía su corazón.

—Juan la estrechó contra el suyo, y mientras Mariquita observaba y arropaba á la niña, se salió al jardincillo, y entonces, en la soledad, donde nadie podía verle ni oirle, aquel hombre de cuerpo inquebrantable en el trabajo y de alma inquebrantable en la adversidad, prorrumpió en llanto, quizá por la primera vez de su vida, por la primera voz desde que Dios le dió la razón para medir la extensión de sus infortunios.

IX

El hijo de Pepe Berrinche tiene ya cerca de un año, lo cual quiere decir que estamos en la primavera.

¿Qué ha pasado en Coveña durante esos diez ú once meses?

Si nos metemos á referirlo, este cuento será el de nunca acabar.

Contemos lo que pasa el día 10 de Mayo, gran día en Coveña, pues se celebra la fiesta titular del Santo Cristo del Amparo, y que cada cual saque por el hilo la madeja.

Hubo un tiempo en que el autor de los Cuentos Campesinos creía que la vida no podía tener encantos allí donde no hubiese altos y quebrados montes, sombrías arboledas y verdes y profundos valles, lo cual equivalía á creer que no tenía encantos la vida fuera de la tierra donde él nació ú otra que se le pareciera mucho; pero pasaron años y años, y el autor de los CUENTOS CAMPESINOS vió pasar por su corazón muchas penas y muchas pasiones, y por su mente muchos pensamientos y muchas esperanzas engañosas, y mudó completamente de parecer, que su razón y su corazón le dijeron: Tan dulce y tan alegre es el cántico del pájaro que canta oculto en la mata de tomillo en las inmensas y áridas llanuras de Castilla, como el cántico del pájaro que canta oculto entre el verde ramaje de los valles vascongados; y si santa poesía tiene la voz de la campana que repiten los ecos de los hondos valles también la tiene la voz de la campana que se dilata por la llanura y muere melancólicamente, sin encontrar un eco que la recoja y la repita.

Yo he vagado, sumido en honda meditación, por las llanuras de Castilla al nacer y al morir el sol, y he sentido mi alma sumergida en un piélago de poesía.

Mientras el Occidente estaba obscuro, obscuro, y en el fondo negro de su cielo brillaban las estrellas como si el día estuviera aún muy distante, una inmensa faja luminosa se extendía por Oriente, donde las estrellas se iban

desvaneciendo casi por completo. Un yago resplandor comenzaba á aparecer en el centro de aquella faja como si procediese de una hoguera encendida en la hondura interpuesta entre el límite del horizonte terrestre y el cielo; y aquel resplandor iba creciendo en intensidad y extensión hasta llegar al zenit y tomar el color del fuego. De repente el disco del sol, el foco, la hoguera de que aquel resplandor procedía, aparecía á mis ojos, y torrentes de luz inundaban la llanura, y ante la belleza de ésta, iluminada por el sol naciente, mis rodillas se doblaban y mi alma se alzaba á la altura para reverenciar y bendecir y cantar á Dios.

El sol se acerca al Ocaso.

Una línea de fuego se extiende sobre la línea negra del horizonte por la parte de Occidente, y el vivo resplandor de aquella línea eclipsa el pálido y frío y moribundo resplandor del sol.

El espectáculo que ofrece la llanura es solemne y triste.

Allá á lo lejos se alzan los campanarios bañados por la amarillenta luz del sol, que hundido ya tras ele la línea negra del horizonte, sólo envía sus reflejos á la torre ó á la colina que domina la llanura.

Conforme la luz desaparece, los rumores lejanos llegan más distintamente á nuestro oido. Los que no habéis observado esto nunca, cerrad los ojos y escuchad, y os convenceréis de que se verifica este fenómeno.

La voz de las campanas que la brisa de la tarde esparce por la llanura, llega hasta nosotros tan solemne y misteriosa y triste, que sin querer alzamos á Dios el pensamiento, y sólo podemos separarle de Dios para fijarle en los que amamos ó hemos amado, en los que nos esperan en el hogar ó en el camposanto.

¡Madre! Las lágrimas más santas que por tí he derramado han brotado de mis ojos en las llanuras le Castilla á la hora del crepúsculo de la tarde.

Una tarde de Setiembre penetré en el camposanto de nuestra aldea, después de una ausencia de veinte años, y caí de rodillas llorando al tropezar con una cruz de madera clavada en la sepultura y escondida entre la hierba mojada por la llovizna; pero por muy santas que fueran entonces mis lágrimas, paréceme que lo eran aún más las que cien veces derramé pensando á la par en Dios y en tí en las llanuras de Castilla al oír

las oraciones en el campanario lejano.

¡Madre! Yo no sé cómo explicar esta diferencia entre unas lágrimas y otras; pero me parece que cuando ví tu sepultura con los ojos materiales, quien te lloraba era la materia, y cuando la ví con los ojos del pensamiento, quien te lloraba era el espíritu.

Para el alma, siempre abierta al sentimiento, la poesía está en todas partes: en el sol moribundo como en el sol naciente, en la árida llanura como en la verde montaña, en la patria como en el destierro.

Por eso, campos de Castilla, he bendecido y he cantado á Dios vagando en vuestras áridas soledades; como lo bendije y le canté vagando en las verdes soledades de los campos nativos.

Las campanas de Coveña repicaban alegremente, alborozando á los moradores de la aldea y llamando á los de las circunvecinas, que en largas hileras acudían á la fiesta por el camino de Fuentelsaz, por el de Algete, por el de Ajalvir y por otros.

Eran las ocho de la mañana, y apenas había casa que no tuviera ya huéspedes forasteros.

La de Pepe Berrinche tenía ya hasta media docena, entre los cuales se contaba un sacerdote de Madrid que había ido la víspera para decir la misa primera y predicar al tiempo de celebrarse la mayor.

—Tío Jeromo—dijo Isabel al pobre viejo, que hacía tiempo andaba muy triste,—anímese usted, caramba, que todavía ha de bailar usted hoy unas seguidillas con la tía Gaceta. Téngase usted con nosotras á misa primera, para que durante la mayor cuido usted del niño y podamos la Rosa y yo dedicamos á la cocina...

—Pero oye, Isabel—interrumpió Pepe á su mujer,—la Rosa querrá ir á misa mayor, porque para olla esa es misa de música...

—¡Qué! ¿Hay música?—preguntó la Rosa.

—Música celestial tiene para las mozas la misa en que se loe su primera amonestación.

—¡Ando usted, burlón!—dijo la Rosa, poniéndose como sus tocayas del

reino vegetal.

—Pues por eso, por eso mismo, porque se amonesta hoy no quiere ni debe ir á misa mayor—añadió Isabel.

—No faltará Santiago.

—¡Ya! Si las mujeres fuéramos tan descaradas como vosotros los hombres...

La campana mayor de la iglesia dió unas cuantas campanadas.

—¡Anda, el último toque!—dijo Isabel.

Y ella y la Rosa corrieron hacia la iglesia.

El tío Jeromo las siguió poco apoco, porque le pesaban mucho las piernas.

Media hora después volvían á casa.

La gente hormigueaba en la Plaza, y particularmente á la puerta de la Buena moza, donde media docena de mozos zumbones, de esos que se complacen en hacer rabiar á los niños y á los viejos, se entretenían en hacer rabiar á la tía Gaceta, que por tercera vez y en celebridad, decía, del Divino Señor, cuya fiesta era aquel día, había ido á echar los consabidos dos cuartitos de aguardiente.

Uno de los mozos zumbones ora Santiago, que no cabía en el pellejo de orgullo y de alegría con motivo de su próxima boda.

—Tía Gaceta—dijo Santiago,—allí viene el tío Joromo. Dígale usted algo, canario, á ver si le anima usted, que hace un montón de tiempo anda muy alicaído.

—Ahí veréis vosotros—contestó la vieja—lo que es el gusanillo de la conciencia...

—Pero ¡canario! ¿Qué *senifica* eso, que siempre anda usted con el gusanillo á vueltas?

Yo me entiendo, y el tío Jeromo me entiende. Y sino, ahora lo vereis. Tío Jeromo, ¿qué tienes, hombre, que andas tan triste desde que no vas al

mercado de Madrid?.

—Tía Gaceta—contestó el tío Joromo en tono de humilde súplica,—¡por el santo día que hoy es, la ruego á usted que me deje en paz!

—Pero, tío Jeromo—dijo Santiago,—¿qué gusanillo es el que le pica á usted en la *concencia*?

El tío Jeromo bajó la cabeza tristemente, y continuó hacía casa sin contestar.

—Pero oye, tío Jeromo—siguió la hedionda y provocativa vieja,—todavía no me has dicho á cómo vendiste el trigo la última vez que fuiste al mercado de Madrid. ¿Fué á 40 ó á 42?

El tío Jeromo siguió lentamente su camino sin contestar.

, Cuando perdió de vista la Plaza se paró, reflexionó un momento, y alzando los ojos al cielo inundados de lágrimas, exclamó:

—¡Ya no puedo, Dios mío, con este peso que llevo en el corazón! ¡Yo necesito arrojarle para morir tranquilo.

Cuando el tío Jeromo desapareció de la Plaza, apareció en ella, saliendo de la iglesia, el sacerdote madrileño que acababa de decir misa é iba á predicar poco después.

Pascualillo y otros chicos que estaban jugando á la puerta de casa de la Celedonia, corrieron á besarle la mano.

El sacerdote, que era un anciano muy afable y jovial, empezó á preguntarles si asistían á la escuela y á qué altura estaban de instrucción, fijándose muy particularmente en Pascualillo, cuyo despojo llamaba su atención.

La Celedonia, que observó esto último desde la puerta de su casa, sintiéndose como herida de súbita inspiración, se dirigió hacia el grupo formado por el señor cura y los muchachos.

No cabía en sí de orgullo y alegría, porque creía que ella y su hijo iban á alcanzar un gran triunfo en presencia de la mitad de la gente que aquel día encerraba Coveña.

—Pascualillo, hijo—preguntó al muchacho,—¿por qué no le hablas al señor cura en latín?

—¡Qué!—dijo el señor cura admirado.—¿Habla en latín este chico?

—Lo mismo que un papagayo—contestó la Buena moza reventando de orgullo.

—¿Y quién le ha enseñado?

—Haga usted cuenta, señor cura, que yo...

—¿Usted?

—Sí, señor, porque yo le he comprado la gramática y se la he hecho estudiar... Pero ¡borrego!—añadió la Celedonia dirigiéndose al chico,—háblale al señor cura en latín. ¡Hun! ¡Le aseguro á usted, señor cura, que me fríe la sangre este chico con su cortedad de genio!

—¡Vaya, vaya! ¿Con que todo eso había y lo tenías tan callado?—exclamó el sacerdote acariciando á Pascualillo.

Y para animarle á latinizar, le hizo una pregunta en latín.

El chico, por única contestación, empezó á recitar la gramática, sin pararse en puntos ni comas.

—¡Basta, hijo, basta!—le interrumpió el señor cura sonriendo bondadosamente, aunque ya estaba seguro de que se detendría al llegar al *quis vel qui*,

—¿Con que no le parece á usted que sabe tanto latín como muchos señores curas?—dijo la Celedonia, no cabiendo ya en la Plaza de orgullo maternal,

—¡Positivamente!—contestó con tristeza el sacerdote.

—¡Qué lástima, señor, que no tenga la edad para ordenarse!

—¡Qué! ¿Trata usted de dedicarle al sarcerdocio?

—Ya ve usted, señor cura, teniendo hecho ya el estudio...

El cura se sonrió, asombrado de la ignorancia de aquella pobre mujer, que creía que para saber un idioma basta aprender de memoria la gramática, y para cantar misa basta saber el latín.

—El señor Pepe, que le quiere mucho—continuó la Celedonia—me ha prometido darle la mano para que pueda *desanimarse*, porque ya ve usted señor, yo soy una pobre...

—Bien, bien. Ya hablaremos sobre eso el señor Pepe y yo, y haremos de su hijo de usted algo más que un cura de aldea, aunque tenga que hacer algunos estudios más...

—¡Ay! ¡Dios y la Virgen Santísima se lo pagará á ustedes señor!—exclamó la Celedonia llorando de alegría.

—Ea, muchachos—dijo el señor cura—que seáis, buenos y que aprendáis mucho en la escuela. Tomad para cerezas.

Y el sacerdote dió cuatro cuartos á cada chico

La tía Gaceta que vió la liberalidad del predicador, se apresuró á dirigirse á él para pedirle limosna.

—¡Señor, una limosnita por el amor de Dios á esta pobrecita anciana, que pasa ya de los cuatro duros y no tiene para un panecillo!...

—Tome usted, hermana—contestó el sacerdote» alargando á la vieja, una peseta y dirigiéndose en seguida hacia casa de Pepe Berrinche

Al ver la tía Gaceta que era una peseta lo que el cura le había dado, se echó á llorar de alegría porque en el centro de aquella peseta no veía el busto de Isabel II, que veía dos cuartillos de aguardiente.

—Mira, Buena moza—dijo á la Celedonia cuando se hubo repuesto un poco de su sorpresa y del aturdimiento que le había causado la alegría—me vas á dar una botellita del mejor aguardiente que tengas.

—¡Quite usted de ahí con el aguardentazo!—replicó la Celedonia.—¿No le valía á usted más ir gastando la peseta en cuarteroncitos de carne, para tomar buenas tazas de caldo?

—Hija, el caldo es agua, y el agua cría ranas. Dame, dame una botellita de aguardiente para tomar una pintita todas las mañanas á ver si me abrigo este estómago, que le tengo echado á perder.

—¡Bueno! Ya que usted se empeña, á ver cómo no revienta usted...

Y la Celedonia, así diciendo, dió la botella de aguardiente á la vieja, que traspuso la esquina con dirección al chiribitil donde habitaba, más contenta que si llevase el elixir de la inmortalidad.

Volvamos al pobre tío Jeromo.

El tío Jeromo, al llegar á casa, encontró á Pepe Berrinche en el portal.

Pepe se asustó al ver que el viejo, á quien profesaba un cariño verdaderamente filial, venía con el rostro desencajado y lloroso.

—Tío Jeromo—exclamó—¿qué tiene usted?

—¡Qué he de tener, caráspita!—contestó el anciano riendo y llorando á la vez.—Un peso en el alma que ahora mismo voy á echar con doscientos mil de á caballo, á ver si puedo acabar tranquilo los pocos días que me quedan de esta pícara vida.

—No le entiendo á usted, tío Jeromo.

—Sube conmigo, y os hablaré á tí y á tu mujer de modo que me entendáis.

—Pues vamos allá.

Pepe y Jeromo subieron, y el viejo se dirigió á la sala, rogando á Isabel, á quien encontraron al paso, que le siguiera como Pepe.

El tío Jeromo, después de cerciorarse de que no había por allí quien pudiera oirle, cerró la puerta de la sala, mientras Isabel y Pepe se miraban asombrados como preguntándose mutuamente qué secreto sería el que el anciano iba á revelarles.

—¡Pepe! ¡Isabel!—exclamó el tío Jeromo, asiendo de la mano á sus amos, —Matadme ó perdonadme, el tío Jeromo, el que os ha visto nacer, el que era el ojo derecho del pobre señor Juan, que esté en el cielo, el que debiera mirar por vuestros intereses más que vosotros mismos, porque ha

comido el pan en esta casa más tiempo que vosotros, ese os ha estado robando, ese os un ladrón!...

—Tío Jeromo—preguntó Pepe—¿está usted loco?

—¡Tío Jeromo, usted tiene gana de broma!—exclamó Isabel.

—No, no estoy loco, ni tengo gana de broma—replicó el tío Jeromo derramando lágrimas como avellanas.—¿No habéis notado que en un año he envejecido por diez? ¿No me habéis visto desde hace un año siempre rabiando y siempre triste?

—Sí que lo hemos visto.

—¿Y á qué lo habéis atribuído?

—A nada malo: á que al fin y al cabo se le habría pegado á usted nuestro mal genio.

—Pues os habéis equivocado, que lo que me envejecía antes de tiempo, lo que me había vuelto un cascarrabias, lo que no me dejaba dormir ni velar tranquilo, lo que me hacía el más desgraciado de los hombres, era un gusano que me roía la conciencia, era un remordimiento que nunca podía echar de mí, era un delito que ya todos me echaban en cara y todos sabían, á pesar de que cuando le cometí creí que sólo Dios y yo le habíamos de saber.

—Vaya, vaya, no sea usted pesado, y diga qué tremendo delito es ese.

—Pues lo váis á saber. Hace un año fuí á Madrid á vender un carro de trigo, y vendí el trigo á 42 reales la fanega. Desde el mercado me fuí á la posada con ánimo de que descansáramos allí las mulas y yo, para emprender la vuelta con el fresco de la noche, porque aquel día hacía un calorazo que se asaban las piedras. Eché un pienso á las mulas y en seguida me eché á dormir la siesta; pero en toda la tarde no pudo cerrar los ojos, porque continuamente me estaba zumbando en los oídos la voz de una ciega que gritaba á la puerta de una lotería que estaba frente de la posada: «¡Hay billetes á 80 reales! La suerte y la fortuna de los jugadores tengo en la mano! ¡Esta noche se cierra el juego! ¡Mañana es el sorteo y pasado mañana se cobra!» A pesar de que no tenía dinero para jugar á la lotería, caí en la tentación de jugar, y dando por cosa hecha el tomar un

billete, dí por cosa hecha también el sacar el premio grande. En seguida empecé á calcular lo que debía hacer con tanto dinero, y edifiqué casas, compré tierras, planté viñas, ayudé á Pascualillo á estudiar para cura, socorrí á necesitados, hice regalos á la iglesia de Coveña, y alejé de Coveña el infierno, señalando á la tía Gaceta medio duro diario, con la precisa condición de que nunca volviera á poner los pies en Coveña ni en veinte leguas á la redonda. Cuando enganché las mulas para partir, la ciega volvió á gritar: «¡Mañana es el sorteo, y pasado mañana se cobra!» Y cogiendo 80 reales del importe del trigo, los gasté en un billete, diciendo: «Anda, diré que he vendido el trigo á 40, y si el otro viaje lo vendo á 42, diré que lo he vendido á 44». La lotería salió, y ni siquiera los 80 reales volvieron á entrar en mi bolsillo, ni han vuelto á entrar en el vuestro. Con que ya véis que soy un ladrón, un...

Isabel y Pepe interrumpieron al viejo con una alegre carcajada.

—Pecador, *ego te asolvo*, como dice el señor cura—dijo Pepe plantando un abrazo al pobre viejo, que lloraba de alegría.

—Pues yo—dijo Isabel cogiéndolo la mano—no le absuelvo hasta que cumpla una penitencia que consiste en venir conmigo á la bodega á probar el vino de todas las tinajas, á ver cuál es el mejor para obsequiar hoy á los convidados

—¡Caráspita, qué peso me habéis quitado de encima del alma!...—exclamó el tío Jeromo llorando de alegría...—Que venga, que venga ahora la tía Gaceta á preguntarme á cómo vale el trigo, que la oiré como quien oye llover.

Poco después, toda la familia de Pepe Berrinche y los convidados almorzaban en el hermoso comedor, y el tío Jeromo asombraba á los que no conocían el secreto de su transformación, comiendo y bebiendo como un cavador, y contando cuentos como un Juan Cachaza.

X

Las campanas de Coveña, echadas á vuelo, mezclaban su alegre voz con la solemne y majestuosa del órgano, y la incalificable de un violín, un clarinete, un figle, un redoblante y dos ó tres instrumentos más, que constituían la murga llevada de Madrid por el ayuntamiento de la villa para dar realce á la función del Cristo del Amparo.

Era que la procesión salía.

La santa efigie apareció á la puerta de la iglesia colocada en unas anchas andas, y un griterío inmenso de mujeres y niños la saludó desde la Plaza.

Al llegar á mitad de ésta, el señor alcalde, que como los demás *señores*de justicia iba en la procesión envuelto en una capa que pesaba inedia arroba, *á* pesar de que calentaba de firme la chicharra, señal y los conductores de la imagen se ni...

Cien mujeres con otros tantos niños y niñas en brazos se lanzaron hacia el Divino Señor, y empujándose, pisándose, acodeándose, estrujándose, fueron colocando sobre la peana los niños, que ponían el grito en el cielo, espantados al verse en aquella altura.

Los pocos niños que reprimían el llanto y se contentaban con temblar asiéndose fuertemente al santo madero, hacían con su valor reventar de orgullo á sus madres y eran considerados como héroes por los espectadores.

Isabel apareció corriendo desalada con su niño en brazos, y fué á colocar la criaturita en la peana del Santo Cristo; pero el chiquitín empezó á dar tales alaridos, se agarró con tal fuerza al cuello de su madre, cogió tal *perrera*, en fin, que la pobre Isabel, sofocada, avergonzada, desesperada, furiosa, hubo de renunciar á su piadoso intento y volverse á casa con el niño, mientras los espectadores decían por lo bajo;

—¡Anda, que ese no niega la sangre de los Berrinches!

Un instante después, una niña como de tres años apareció sobre las andas, hermosa, tranquila, sonriendo, ataviada con todos los primores que á las madres *como Dios manda* inspira y proporciona el amor maternal cuando carecen de medios para engalanar á sus hijos.

Aquella niña era la de Juan Cachaza, que la contemplaba á corta distancia, sonriendo como un bobo de Coria.

La niña se empinó para besar los pies del Señor, y con una media lengua deliciosa pronunció esta oración; que sus padres la hacían repetir todas las noches al acostarla:

Seño mío Jesuquito.
aunque no de negó e pan.
en pa déjano comelo.
que á roquiya no sabá.

En seguida tendió los bracecitos á su madre, que la recibió en los suyos más feliz y orgullosa que Isabel la Católica al recibir la noticia de que era señora de un nuevo mundo, y la dejó correr á los de veinte mujeres y otros tantos hombres que se la comían á besos.

Juan Cachaza, al ver aquello, sintió pujos de llorar como un becerro, y no encontrando otro medio de desahogar su orgullo y su alegría, tiró el sombrero al aire exclamando:

—¡Vengan penas!...

La procesión recorrió la calle que desembocaba en el olivar, hizo alto junto á éste, sin duda por la dulce simpatía que la religión, amiga de los recuerdos como todo lo elevado y poético, tiene por los olivos, que presenciaron la última meditación del Cordero inmaculado, y regresó á la iglesia por otra calle.

La misa fué solemne, y el sermón arrancó más de una vez lágrimas de consuelo al auditorio, porque el predicador procuró fortalecer en el corazón de los labradores el amor á los campos y al trabajo.

El autor de los CUENTOS CAMPESINOS ha sentido más de una vez no ser cura de aldea para imponerse la noble tarea de reconciliar á los pobres moradores de los campos con la vida que Dios les ha deparado,

demostrándoles cuán preferible es á esta vida febril é inquieta en que nos consumimos los moradores de las ciudades.

La Celedonia cometió un pecado muy gordo dejándose tentar del diablo de la vanidad, pensando en los triunfos que su hijo alcanzaría en el púlpito cuando fuese cura.

Cuando el predicador salió de la iglesia, se acercó á él y le dijo:

—¡Señor, bendito sea su pico de usted, que nos ha hecho á todos llorar!

—Déjese usted de alabanzas y guárdelas para cuando su hijo ocupo más dignamente que yo ese púlpito—la contestó el anciano.

—¡Ay, señor, Dios sabe si mi chico llegará á ser sacerdote!

—Si quiere serlo, lo será.

—¡No ha de querer, señor!

—Pues si quiere, también Pepe y yo queremos; en prueba de lo cual anuncio á usted que hemos acordado facilitarle cuantos medios necesite para que estudie y se ordene.

—¡Dios y la Virgen Santísima se lo pague á ustedes, señor!—exclamó Celedonia llorando de alegría.

Y poco después andaba de casa en casa anunciando la dichosa nueva.

Plaza y calles fueron quedando desiertas conforme fué llegando la hora de comer.

La comida preparada en casa de Pepe Berrinche era opípara, magnífica, digna de príncipes.

La preparada en casa de Juan Cachaza se reducía al puchero cotidiano, pero con el aditamento de media librita de carne fresca y un par de cuartillejos de vino.

Familia y convidados se pusieron á comer en casa de Pepe, todos alegres, menos Isabel, que estaba de un humor endiablado con el berrinche del niño.

Pope fué perdiendo la alegría viendo que apenas comía su mujer, y sobre todo, viendo que se amontonaba una tempestad en el cielo de su casa.

Los convidados, incluso el predicador, se fueron después de comer hacia la Plaza, y cuando Isabel y Pepe quedaron solos, estalló la tempestad que Pepe se temía.

¡Ay! ¡Cuando por coger la media naranja del Moro se ha cogido la de la China, ni doscientos chiquillos hacen un arco iris!

Pepe se dirigió á la Plaza, porque... porque cuando en casa no hay paz, en cualquiera parte se está mejor que en casa, y lo primero que se echó á la cara fué á Juan Cachaza y á Mariquita, que bailaban juntos *como si fueran novios*.

En aquel instante tocaron las campanas á muerto.

¡Quién sabe si Pepe sintió que no tocaran por él!

—¿Quién ha muerto?—preguntó á Santiago, que estaba muy quemado viendo que la Rosa no llegaba detenida por la tempestad.

—La tía Gaceta—contestó Santiago.

—¡Cómo!

—¿Cómo? Bebiendo. La han encontrado muerta con una botella de aguardiente medio vacía al lado. ¡Canario qué pícaro vicio es el de la bebida, y sobre todo en las mujeres!

—Malo es que las mujeres beban aguardiente» pero peor es que beban vinagre—repuso Pepe con amarga sonrisa.

—¡Canario, señor Pepe, no entiendo por qué dice usted eso!.

—Dios me entiende, y yo me entiendo.

En esto terminó la tanda de seguidillas manche as que Juan Cachaza y su mujer estaban bailando. Mariquita fué á coger en brazos y aupar, para, que viera á la gente, á su niña, que había dejado al cuidado de las sonoras Claudia y Celedonia, y Juan fué á saludar á Pepe.

—Buenas tardes, señor Pepe.

—Buenas tardos, Juan. ¿Con que la gente se divierte, eh?.

—¿Qué quiere usted que hagamos? ¿Nos hemos de dejar morir como la tía Gaceta?

—¿Con que es cierto que ha muerto esa pobre?

—Y tan cierto.

—!Canario! —exclamó Santiago,—Bien empleado le está, ya que era tan aficionada á empinar el codo.

—¡Calla, majadero!—replicó Juan Cachaza.—De los muertos no se debe acordar nadie más que para alabarlos, llorarlos y encomendarlos á Dios.

—¡Toma! ¿Y por qué?

—Porque murió con ellos lo que merecía vituperio, que eran los vicios, y sólo queda vivo lo que merece bendiciones, que os el alma.

—Tiene Juan mil razones—dijo Pepe.

—Y ya que hablamos del alma—continuó Juan dirigiéndose á Santiago,—ándate con cuidado, pues milagro será que tú te libres de que se te aparezca por ahí alguna noche la de la tía Gaceta...

—¡Canario, señor Juan, que no ande usted con *y roma.*? pesadas!

—¡Mire usted, mire usted, señor Pepe, cómo me lince senas mi chiquitina para que vaya allá!...

—¿Sabes que está hecha una alhaja?

—¿Que si lo está? Consérvemela Dios y...¡que vengan penas!

La Rosa apareció, trayendo en brazos al heredero delos Berrinches.

El chiquitín extendió los bracecitos á su padre saludándole con una risita monísima.

Y Pepe, entonces, trocando de repente la sonrisa de la amargura por la de la esperanza y el consuelo exclamó desde el fondo de su corazón como Juan Cachaza:

—¡Vengan penas!

XI

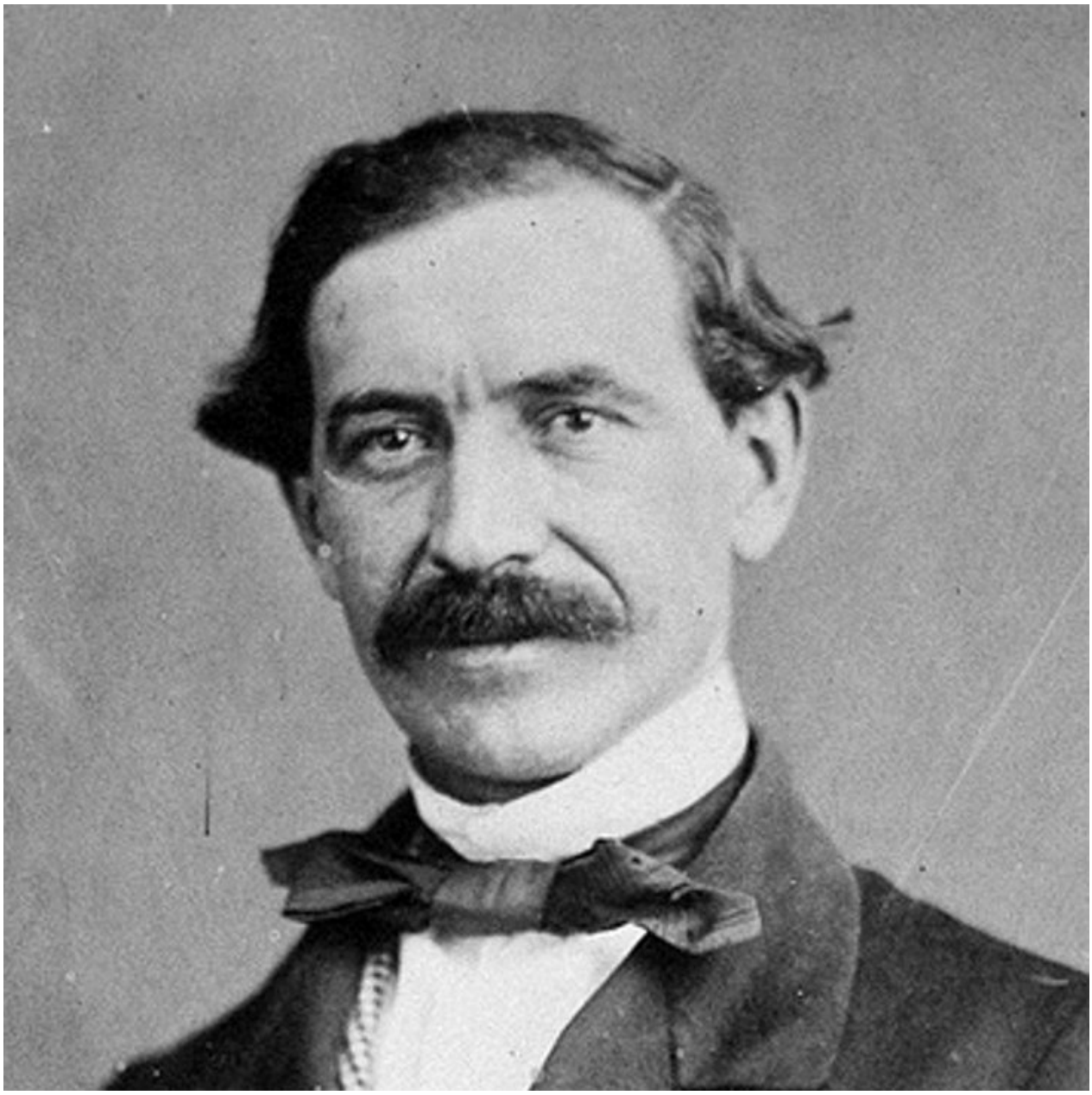
Este cuento tiene su epílogo, en el cual no juegan más personajes que el autor. ¡Vaya un personaje!.

El autor, que es casado y tiene una hija, cuyos padres se parecen un poquito á Juan Cachaza y Mariquita, y otro poquito á Pepe Berrinche é Isabel, es muy competente para decir á casados y solteros:

—Si en el hogar doméstico no sois felices, es por que no sabéis ó no queréis serlo. Tanto depende de nosotros la felicidad doméstica, que cuando pedimos á Dios que haga felices á los que salen de la iglesia de casarse, Dios pudiera contestar:

—¿Yo? Allá se las compongan, que esas son cosas suyas.

Antonio de Trueba



Antonio de Trueba y de la Quintana (Galdames, 24 de diciembre de 1819-Bilbao, 10 de marzo de 1889) fue un escritor español, conocido también como «Antón el de los Cantares».

Nació en la localidad vizcaína de Galdames el 24 de diciembre de 1819 y su nombre completo era Antonio María de Trueba y de la Quintana. Hijo de campesinos muy pobres, su vocación literaria se despertó con los romances de ciego que le traía su padre cuando venía de visitar una feria. Tuvo que abandonar pronto la escuela para trabajar la tierra y el mineral

de las minas de Las Encartaciones, su lugar natal. Cuando contaba quince años (1834) marchó a Madrid para evitar la primera Guerra Carlista; allí se empleó en la ferretería de un tío suyo y robó tiempo al sueño instruyéndose de forma autodidacta y leyendo autores románticos españoles.